

instituciones más favorables a la formación de gobiernos de mayoría estables? ¿Se habría evitado el golpe de Estado de Chile con un sistema parlamentario en el cual el jefe del Ejecutivo pudiera ser removido del cargo mediante procedimientos institucionales? Por mucho que los politólogos crean en la importancia de las instituciones, tal vez los conflictos en esos dos países fueran sencillamente demasiado intensos para ser gestionados de manera pacífica dentro del marco de cualquier diseño institucional.

Sin duda, estas indicaciones están sesgadas por lo que observamos. Las intuiciones que se derivan de las memorias e incluso de las obras de ficción pueden ser tan esclarecedoras como aquellas que surgen de los datos sistemáticos: nos dicen cómo percibieron y experimentaron los individuos los sucesos dramáticos de los cuales fueron protagonistas; a fin de cuentas, fueron sus acciones las que determinaron los resultados de las crisis.

Las condiciones no determinan los resultados; las acciones de las personas bajo esas condiciones sí. Si bien las condiciones están dadas, los resultados no son únicos. Por ejemplo, Stern (1966: xvii) considera que: "Hacia 1932, la caída de Weimar se había vuelto inevitable; no así el triunfo de Hitler". Pero quizás, en 1925, ni siquiera la caída de la República era inevitable: si el KPD o el BVP hubieran votado por el candidato de Zentrum, Marx, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, Hindenburg, con sus instintos antidemocráticos, no hubiera estado en el cargo en 1932; y quién sabe qué habría sucedido. Se puede jugar con fantasías similares respecto de Chile: una vez que el cambio de la jefatura del PDC desembocó en el rechazo de la ley sobre "las tres áreas", es probable que la caída de Allende fuera inevitable, pero tal vez no así el brutal golpe de Estado. A la inversa, sería posible preguntarse qué habría ocurrido en Francia si no hubiera estado disponible un líder con impecables credenciales militares o si ese líder no hubiera sido un demócrata. No creo que podamos responder esas preguntas, de modo que debemos admitir que las lecciones que nos imparte la historia son exigüas y que el futuro no está unívocamente determinado por las condiciones presentes... y que es incierto.

## Parte II El presente: ¿qué está sucediendo?

Un candidato que asegura ser multimillonario, que aboga por bajar los impuestos y reducir los programas sociales cuenta con el apoyo de la clase trabajadora, mientras que otro candidato que quiere cobrar más impuestos a los ricos es respaldado por *The Wall Street Journal*. Un hombre casado tres veces que se enorgullece de sus avances sexuales no deseados recibe el apoyo casi unánime de grupos religiosos comprometidos con los “valores de la familia”. Muchos individuos creen en todo tipo de tonterías. El partido que ocupa el gobierno pierde una elección cuando la economía se encuentra en su mejor momento en las últimas décadas. Una elección en la cual casi todos los partidos, incluido el que obtuvo el triunfo, hacen campaña en contra del *establishment* da como resultado un Poder Legislativo aún más elitista que el saliente. Los partidos situados a la derecha del espectro político asestan un golpe a la globalización y al libre flujo de capital y las commodities. Los nacionalistas forman alianzas internacionales. Nada de esto tiene sentido.

¿Qué está sucediendo y por qué? ¿Qué necesitamos comprender si sospechamos que la democracia puede estar en crisis? Quiero entender las actuales transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales: ¿qué significan en conjunto, si es que tienen significado? Sin embargo, “entender” es un empeño engañoso, guiado por lo que Pangloss nos dice en el *Cándido* de Voltaire: que ha de haber un “porqué” para todo, que todo debe estar lógicamente conectado. Como intelectuales, buscamos nexos lógicos ocultos entre las apariencias: en palabras de Marx, “si la esencia y la apariencia coincidieran, la ciencia no sería necesaria”. Pero el peligro radica en que podemos exagerar y buscar conexiones

causales donde no las hay. Si bien la búsqueda de sentido es inexorable, encontrarlo es siempre riesgoso: nuestras creencias están atestadas de falsos positivos.

Es más, no siempre es obvio qué es lo que estaríamos tratando de comprender, cuáles son los “hechos”. Como alguna vez señaló Leo Goodman: “Un hecho, de hecho, es bastante abstracto”. Los hechos son construidos, están sujetos a interpretación y, a menudo, son objeto de polémica. ¿Qué partidos deberían considerarse derecha radical? ¿Reduce la automatización la demanda de mano de obra o son los puestos de trabajo que resultan sustituidos por máquinas reemplazados por otros puestos? ¿Existe el “vaciamiento de la clase media”? ¿Cuál es el producto marginal de los CEO? No solo no pueden darse por sentadas las explicaciones: tampoco, siquiera, los hechos.

En las páginas que siguen, invierto el esquema empleado para analizar el pasado. En primer lugar, describo las señales que indicarían que es posible que estemos frente a una crisis: el derrumbe de los partidos tradicionales, el ascenso de la derecha radical y el fortalecimiento de actitudes que le dan respaldo. Luego me arriesgo a dar explicaciones posibles: económicas, culturales y autónomamente políticas. A continuación, encaro las cuestiones que implica la búsqueda de causalidades y me centro en explicaciones de nivel micro. Por último, considero si las actuales condiciones pueden carecer de precedentes históricos y presagiar un futuro negativo, y en ese caso, cuáles serían esas condiciones.

## 4. Las señales

Las señales de que podríamos estar experimentando una crisis incluyen:

1. la rápida erosión de los sistemas de partidos tradicionales;
2. el ascenso de partidos y actitudes xenófobas, racistas y nacionalistas, y
3. la mengua del apoyo a “la democracia” en encuestas de opinión pública.

### EROSIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS TRADICIONALES

En numerosos países, se están erosionando sistemas de partidos que existieron sin mayores cambios durante casi un siglo. Los sistemas que emergieron durante la primera posguerra en países de Europa occidental y en países anglosajones estuvieron tradicionalmente dominados por dos partidos, uno a la izquierda y otro a la derecha del centro. Los partidos etiquetados de socialdemócrata, socialista o laborista ocuparon el espacio de la izquierda moderada. Las etiquetas eran más variadas a la derecha, pero cada país tenía al menos un partido de relevancia situado a la derecha del centro. Estos sistemas se mantuvieron prácticamente osificados hasta hace muy poco. Si bien los partidos en algunos momentos cambiaron esas etiquetas, se fusionaron o se dividieron, sobrevivieron no solo a la agitación del período de entreguerras y a la Segunda Guerra Mundial, sino también a las profundas transfor-

maciones económicas, demográficas y culturales experimentadas durante los más de cincuenta años que siguieron a la guerra.

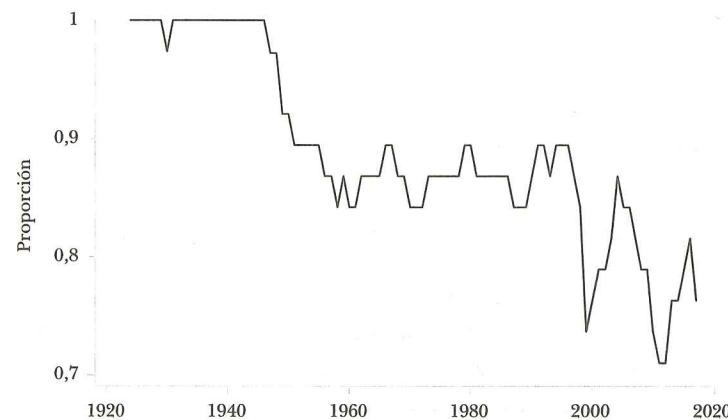
Como sea que la caractericemos, tal estabilidad resulta sorprendente.<sup>6</sup> Muy pocos partidos que no recibieron al menos el 20% de los votos en las elecciones más próximas a 1924 superaron la barrera de ese índice desde entonces. Los liberales en 1929 en el Reino Unido y el Nsdap en 1932 en Alemania fueron los únicos que lo hicieron antes de 1939. El período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial registró un incremento de los votos de la izquierda (del comunismo, en Francia, en 1945; de la Liga Democrática del Pueblo Finlandés, en 1945; del socialismo, en Japón, en 1947). Entre 1951 y 1978, solo dos partidos, en Bélgica y en Francia, cruzaron por primera vez el umbral del 20%. Sin embargo, desde 1978 hasta el momento en que se está escribiendo este texto, 17 nuevos partidos perforaron esa barrera. Una manera de visualizar esa estabilidad y su erosión consiste en que, a pesar de la convulsión que siguió a la Segunda Guerra Mundial, un nuevo partido cruzó ese umbral 1 vez cada 7,6 años entre 1924 y 1977, y 1 vez cada 2,3 años después de 1977.

Otro modo de caracterizar esta estabilidad y su erosión reside en considerar el porcentaje de los dos partidos que obtuvieron más votos en cada país hacia 1924 y que siguieron ocupando los dos primeros puestos en elecciones subsiguientes. Salvo por el Nsdap, en 1930, los dos partidos que mayor cantidad de boletas obtuvieron permanecieron en esa posición en todos los países considerados durante la totalidad del período hasta 1945. En el período subsiguiente a la guerra, esas posiciones se modificaron de alguna manera, pero casi el 90% de los dos líderes de 1924 permanecieron en los dos primeros puestos hasta fines de la década de 1990. En 1999, tuvo lugar una desestabilización importante,

<sup>6</sup> Las siguientes cifras corresponden a países miembros de la OCDE en el año 2000, salvo Grecia, Italia, Portugal y España. La cantidad total de países es 19. Dados los cambios de nombres, fusiones y divisiones, es a veces necesario tomar decisiones respecto de qué partidos son herederos de los ya existentes y cuáles son nuevos. Los datos abarcan el período hasta fines de 2014.

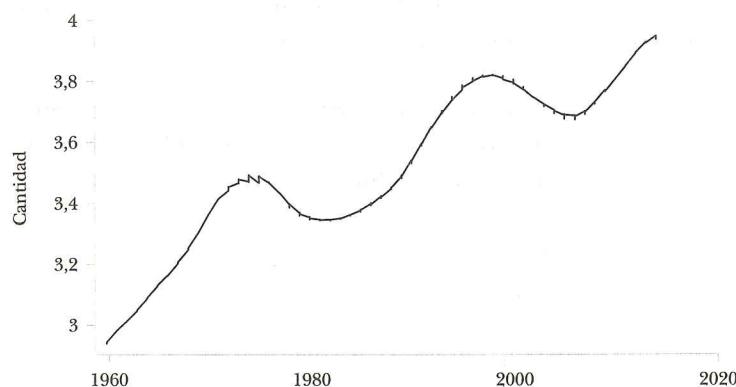
pero para 2007 había sido superada casi por completo; la crisis financiera de 2008 condujo a otra reestructuración importante. Chiaramonte y Emanuele (2017) muestran que el movimiento de votantes entre partidos se incrementó en el período más reciente y que la volatilidad electoral se debe principalmente a la entrada y salida de partidos. La figura 4.1 ilustra esos patrones.

**Figura 4.1.** Proporción de partidos que se ubicaron en los dos primeros puestos en las votaciones hacia 1924 y permanecieron en esos lugares



Esa representación todavía subestima la estabilidad original así como su reciente erosión. Subestima la estabilidad porque varios países contaban con sistemas de 3 o incluso 4 partidos y los márgenes entre ellos en las votaciones eran pequeños, de modo que era fácil cambiar las posiciones relativas. Sin embargo, si se considera de manera exclusiva las etiquetas partidarias antes que sus programas se pierde de vista la deriva ideológica general hacia la derecha, tanto de partidos de centroizquierda como de centroderecha (véase Maravall, 2016). Si tomáramos en consideración los programas, la desestabilización reciente se mostraría de manera más pronunciada.

**Figura 4.2.** Cantidad efectiva de partidos en el electorado desde 1960, en países que eran miembros de la OCDE antes de 2000



Fuente: Armingeon y otros (2016), CDPS. Se utilizó suavizado Lowess.

Por último, como muestra la figura 4.2, la cantidad efectiva de partidos<sup>7</sup> que forman parte del electorado se incrementó desde principios de la década de 1980, con un repunte en los últimos años.

Todas esas tendencias indican que el sistema de partidos tradicional se está derrumbando. Sin embargo, podría argumentarse que eso no constituye una señal de crisis sino un realineamiento partidario de rutina que resultará en el rejuvenecimiento lento de la democracia. Ojalá concluyamos *ex post* que de eso se trataba. En este momento, sin embargo, todo lo que vemos es que el viejo sistema de partidos, que se consolidó a lo largo de más de setenta y cinco años, se está derrumbando, y que aún no ha cristalizado un nuevo modelo. En consecuencia, se trata de una crisis: lo viejo

<sup>7</sup> “Cantidad efectiva de partidos” es un índice que pondera los partidos según la proporción de votos (o bancas) obtenidos. Específicamente, se mide por medio de  $1/v_i^2$ , donde  $v_i$  es la proporción de votos del partido  $i$ . Por ejemplo, si las proporciones de votos de tres partidos son 0,5, 0,4 y 0,1, la cantidad efectiva es  $1/0,42 = 2,38$ .

está muriendo y lo nuevo todavía no ha nacido. Es más, si en realidad surgiera algún realineamiento, incluiría el ascenso de partidos xenófobos que tienen poca paciencia para las normas democráticas. Como destaca Piketty (2018), cuando se dan divisiones multidimensionales de un electorado, pueden surgir diferentes coaliciones. Específicamente, este autor especula que en Francia y los Estados Unidos, el realineamiento más probable es el de “globalistas” frente a “nativistas”, mientras que en el Reino Unido es posible que persista el “modelo de las dos élites” (personas de buen pasar contra personas con alto nivel educativo). Nótese que este fenómeno es casi universal en las democracias desarrolladas, de modo que cabe concluir que algo extraño está sucediendo.

#### EL ASCENSO DEL POPULISMO DE DERECHA

El talante general es populista. El populismo es el gemelo ideológico del neoliberalismo. Los dos aseguran que el orden social es creado de manera espontánea por un único demiurgo: “el mercado” o “el pueblo”, este último, siempre en singular, como en *le peuple* o *lud*. Ninguno de ellos concibe que a las instituciones les quiepa algún papel: la espontaneidad basta. No es llamativo que uno y otro hayan hecho su aparición en la escena histórica de manera conjunta.

Muchos partidos emergentes se presentan como “antisistema”, “antiestablishment” o “antiélite”. Son “populistas” en la medida en que la imagen de la política que proyectan es la de una “élite” (“casta”, en el lenguaje del Podemos de España; “pantano” en el de Donald Trump) que traiciona, maltrata o explota a un “pueblo” indiferenciado (Mudde, 2004: 543). Semejantes enunciados provienen tanto de la izquierda como de la derecha (Rooduijn y Akkerman, 2017). En rigor, como lo exponen las elecciones francesas de 2017, también pueden surgir del centro, aun a pesar de que, irónicamente, el Parlamento que resultó de esa elección es todavía más elitista, en términos sociales, que el saliente, solo que con menos políticos profesionales. Los partidos populistas no son

antidemocráticos, en el sentido de que no propugnan reemplazar las elecciones por algún otro método para seleccionar un gobierno. Incluso cuando expresan su anhelo de contar con un líder fuerte, quieren que esos líderes sean elegidos por el voto. Existen fuerzas políticas que cuestionan la democracia, pero son por completo marginales. A su vez, esos partidos, nuevamente tanto de izquierda como de derecha, afirman que las instituciones representativas tradicionales sofocan la voz de “el pueblo” y exigen alguna nueva forma de democracia que plasme de mejor manera la “soberanía popular” (Pasquino, 2008) y en la que los gobiernos se encuentren más cerca de “el pueblo” (Canovan, 2002). Los referendos de iniciativa popular son sus favoritos, pero más allá de esa preferencia sus proyectos de reforma constitucional son imprecisos. Así y todo, la imagen del político populista se asocia con el rechazo de la democracia representativa y su reemplazo por una democracia “directa”. Por tanto, si bien los partidos populistas no son antidemocráticos, son antiinstitucionales en el sentido que rechazan el modelo tradicional de democracia representativa. Como Andrés Manuel López Obrador, candidato presidencial de México, exclamó luego de su derrota en 2006, “¡al diablo con sus instituciones!”.

En lo que respecta a cuestiones económicas, los partidos de izquierda son resueltamente igualitarios. Quienes se sitúan a la derecha son más ambivalentes: quieren retener el apoyo de la pequeña burguesía tradicional, que pide menos impuestos y mercado laboral flexible, pero, a la vez, reclutar a los trabajadores industriales, que desean contar con mayores protecciones laborales y mayor redistribución del ingreso (Ivarsflaten, 2005). Ambos extremos son sumamente protecciónistas (Guiso y otros, 2017; Rodrik, 2017).

Es más, se oponen a la globalización y son marcadamente antieuropeos. El resultado es que, al menos en algunos países, las políticas económicas de la izquierda y la derecha radicales no divergen en mucho. Por ejemplo, si se comparan los programas electorales del candidato de extrema izquierda en las elecciones presidenciales francesas de 2017, Jean-Luc Mélenchon, y los de Marine Le Pen, se observa cierta convergencia en mate-

ria de economía, seguridad social, derechos de los trabajadores y protecciónismo.<sup>8</sup>

Las similitudes, sin embargo, terminan allí. Las diferencias marcadas se plantean respecto de la inmigración, los inmigrantes, la xenofobia y el racismo. Algunos partidos populistas –Podemos, en España; Syriza, en Grecia– están abiertos a la coexistencia de culturas diversas, consideran a los inmigrantes contribuyentes netos a la economía y adoptan una posición decidida frente al racismo. A su vez, los partidos a los que suele denominarse de derecha “extrema” o “radical” son nacionalistas y xenófobos o “nativistas”. También tienden a ser racistas y represivos. Adoptan estrategias electorales que ponen de relieve la prominencia de la “inmigración” (Arzheimer, 2013). En defensa de los “valores nacionales” –una frase favorita de Marine Le Pen–, proponen excluir a los inmigrantes de los servicios sociales provistos por el Estado, el adoctrinamiento nacionalista en la educación, la prohibición de alimentos halal en los buffets escolares, un código de vestimenta, etc. En ese sentido, son autoritarios. Con cierta incomodidad, sigo a Golder (2016) en la adopción de la etiqueta “derecha radical” para referirme a esos partidos.

Si bien se puede tener cierto reparo respecto de clasificar partidos particulares, la tendencia es manifiesta. La figura 4.3 muestra el ascenso de los partidos de la derecha radical en diferentes conjuntos de democracias europeas y anglosajonas.<sup>9</sup> Esta figura, sin embargo, oculta importantes diferencias entre países.

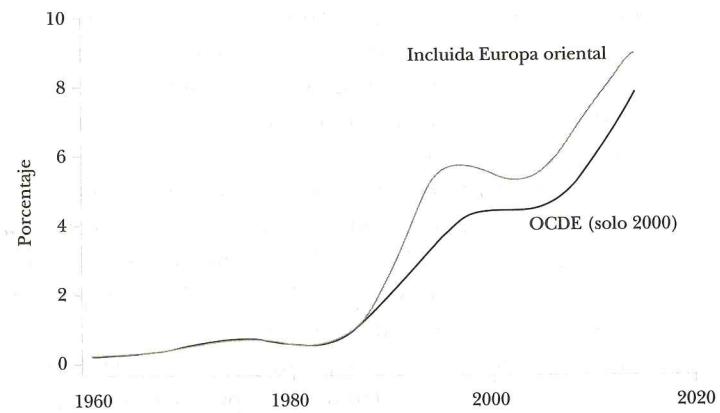
La proporción actual más alta de partidos de la derecha radical se encuentra en Suiza, Austria y Dinamarca, países donde superan el 20%. En Austria y Francia, los candidatos de la derecha radical obtuvieron más del 25% de los votos en las primeras vueltas de las elecciones presidenciales. A su vez, en cinco países tales partidos no existen o no obtienen votos actualmente. Las tendencias tampoco son homogéneas: los partidos de la derecha radical no

8 Véase <[www.leparisien.fr/elections/presidentielle](http://www.leparisien.fr/elections/presidentielle)>.

9 Armingeon y otros (2016) emplean la etiqueta “derecha populista” y sitúan en la misma categoría lo que Golder (2016) distinguiría como derecha “extrema” y “radical”.

cobraron impulso hasta hace poco tiempo en Noruega, Suecia y Alemania, mientras que alcanzaron puntos máximos hace algún tiempo en Bélgica, Italia y Japón. La pregunta que queda abierta es cómo tratar al RP en los Estados Unidos: satisface todos los criterios que la mayoría de los autores emplean para clasificar a los partidos como de derecha radical, aunque Armingeon y otros (2016) no lo categoriza así.<sup>10</sup> En términos más generales, esta clasificación no tiene en cuenta los movimientos de partidos tradicionales de derecha hacia versiones extremas. Seguramente esto motive que Armingeon y otros (2016) no clasifiquen al Fidesz húngaro ni al PiS polaco como derecha radical.

**Figura 4.3.** Apoyo electoral promedio de la derecha radical por año



Fuente: Armingeon y otros (2016), con modificaciones para Hungría y Polonia. Se utilizó suavizado Lowess.

10 No consideran al Fidesz, de Hungría; al Prawo i Sprawiedliwość (PiS, Ley y Justicia), de Polonia, ni al UKIP (Partido de la Independencia del Reino Unido) como “derecha”, cosa que yo sí hago. Los datos finalizan en 2014.

**Tabla 4.1.** Proporción de votos de la derecha radical (países que eran miembros de la OCDE antes de 2000)

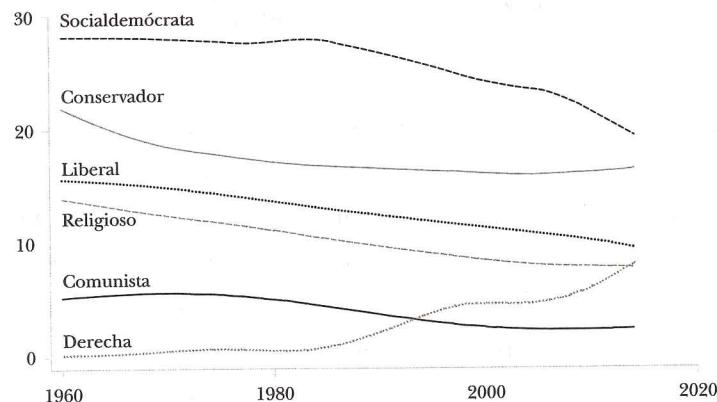
País	Porcentaje máximo <sup>a</sup>	Período	Última elección parlamentaria	Última elección presidencial <sup>b</sup>
Austria	28,2	2008-2012	26,8	35,1
Bélgica	14,0	2007-2009	3,7	
Dinamarca	21,1	2015-	21,1	
Finlandia	19,1	2011-2014	17,7	9,4
Francia	14,9	1997-2001	14,4 <sup>c</sup>	26,0 <sup>c</sup>
Alemania	12,6	2017-	12,6	
Grecia	14,4	2012-2014	10,7 <sup>d</sup>	
Islandia	3,0	2013-2016	0,0	
Italia	25,8	1996-2000	4,1	
Japón	14,9	2012-2013	2,1	
Luxemburgo	2,3	1989-1999	0,0	
Países Bajos	17,0	2002-	13,1	
Noruega	16,3	2013-2017	15,2	
España	2,1	1979-1981	0,0	
Suecia	12,9	2014-	12,9	
Suiza	28,9	2007-2010	26,6	
Reino Unido	3,1	2010-2017	1,8	

Nota: Al 15 de octubre de 2017, la derecha radical no obtuvo nunca votos en Australia, Canadá, Nueva Zelanda o Portugal.

a Porcentaje máximo de votos antes de la elección parlamentaria más reciente para la cámara baja, si hay más de una. Para Francia, se informan los resultados de la primera vuelta; b Solo donde hay elección directa de presidente; c Front National + Debout La France; d Golden Dawn + Anexártiti Éllines (ANEL, Griegos Independientes).

Fuente: Armingeon y otros (2016), actualizado con investigación propia.

**Figura 4.4.** Porcentaje de los votos obtenidos por los partidos según años en países que eran miembros de la OCDE antes de 2000



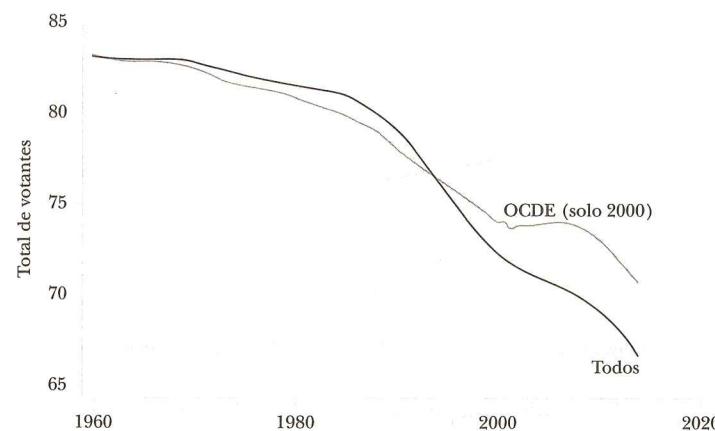
Fuente: Armingeon y otros (2016). Se utilizó suavizado Lowess.

Los partidos tradicionales perdieron apoyo electoral entre los votantes potenciales, mientras que el respaldo a la derecha radical se incrementó. Pero ¿eso se debe a que las opiniones políticas se polarizaron y los votantes se desplazaron hacia los extremos o a que los partidos tradicionales perdieron contacto con sus votantes? El desplome de los partidos tradicionales no necesariamente debe implicar una erosión de las preferencias centristas, moderadas, sino que puede deberse al disgusto de los votantes con los partidos en sí. Cuando los ciudadanos creen que todos los políticos profesionales son lo mismo –egoístas, deshonestos o corruptos–, se vuelven en contra de aquellos, ya sea que se sitúen a la izquierda, la derecha o el centro. Por tanto, la erosión de los partidos tradicionales no significa necesariamente la erosión del centro.

La decadencia de los partidos tradicionales es manifiesta. En la figura 4.4, los partidos en descenso son los líderes, los partidos socialdemócratas, conservadores, liberales, religiosos y comunistas, según la clasificación de Armingeon y otros (2016), mientras que

la tendencia ascendente es la de los partidos de la derecha radical. Tal vez sorprendentemente, la erosión del respaldo a los partidos tradicionales haya coincidido con el marcado descenso en la cantidad de votantes (figura 4.5).

**Figura 4.5.** Cantidad de votantes por año

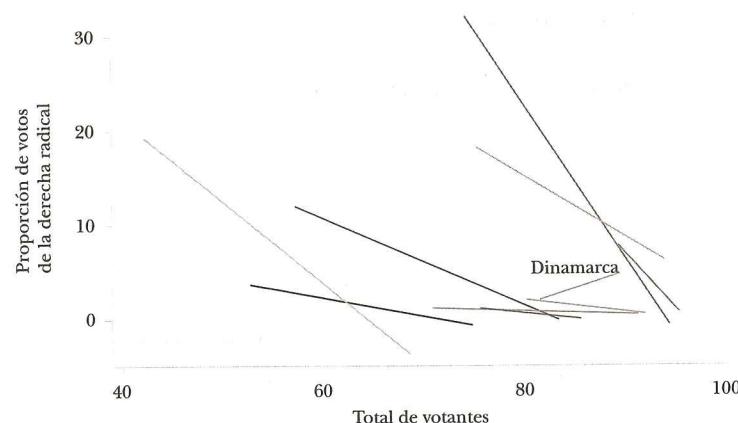


Fuente: Armingeon y otros (2016). Se utilizó suavizado Lowess.

No se trata de una mera coincidencia. Guiso y otros (2017) señalan que si la decisión de votar y la dirección del porcentaje de los votos obtenidos tienen determinantes comunes, cabría esperar que la relación entre cantidad de votantes y votos de derecha fuera negativa. Dentro de los países, las regresiones en los porcentajes de votos de la derecha radical con respecto a la cantidad de votantes que muestra la figura 4.6 indican que, de los 10 miembros de la OCDE anteriores a 2000 en los que existe la derecha radical, solo Dinamarca tiene una pendiente positiva.<sup>11</sup>

11 En el conjunto de datos con todos los países incluidos, la regresión OLS de efectos fijos genera el intervalo de confianza del coeficiente del 95% como [-0,168, -0,095; N = 1571]. Dado que varios países no tienen partidos de derecha radical, estimé además una regresión

**Figura 4.6.** Número de votantes y porcentaje de votos de la derecha radical en diez democracias desarrolladas



Fuente: Armingeon y otros (2016). Se utilizó ajuste lineal.

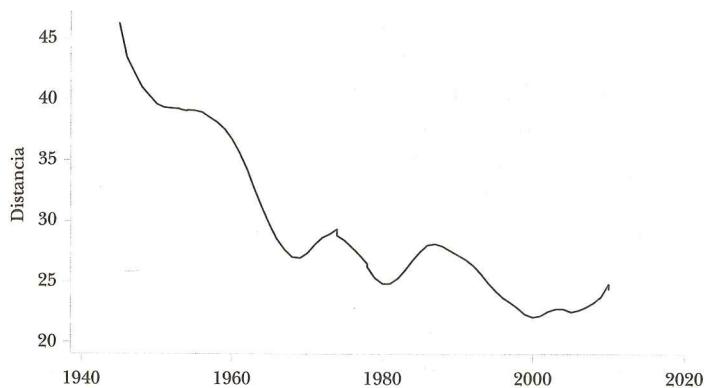
No es posible establecer a partir de los datos disponibles qué parte del incremento de la proporción de votos obtenidos por la derecha radical es debida al incremento en el número de sus seguidores y qué parte, en cambio, se debe a la abstención de los votantes de centro. Sin embargo, bien es posible que el porcentaje creciente de la derecha radical obedezca más a la abstención de los votantes centristas que al aumento de votantes situados en los polos.

¿Por qué habrían de abstenerse de participar en el proceso electoral los votantes de centro? Existen dos hipótesis, no necesariamente rivales. Según una de ellas, la crisis de la estanflación de la década de 1970, a la cual le siguieron las victorias de Thatcher y Reagan, empujó a los partidos tradicionales de derecha hacia la derecha. Por algún motivo, tal vez el fiasco económico del primer año de gobierno de Mitterrand, la Socialdemocracia siguió el mismo camino al efectuar, también, un “viraje” a la derecha, adoptan-

Tobit de efectos aleatorios, que da un coeficiente negativo aún más marcado: [-0,487, -0,274; 453 observaciones no censuradas].

do el lenguaje de los llamados *trade-off* entre igualdad y eficiencia, disciplina fiscal y mercados laborales flexibles. Como resultado, la distancia ideológica entre los dos partidos más importantes de centroderecha y centroizquierda asistió a una marcada disminución durante la posguerra, con un ligero repunte posterior a la crisis de 2008, como se observa en la figura 4.7.

**Figura 4.7.** Distancia ideológica entre partidos de centro



Nota: La escala ideológica va de -100 a la izquierda a +100 a la derecha. Los países incluyen Europa occidental, además de Australia, Israel, Japón y Nueva Zelanda. Se utilizó suavizado Lowess.

Fuente: Datos anuales del Proyecto Manifiestos, cortesía de José María Maravall.

Sin embargo, la convergencia de plataformas partidarias en la dimensión izquierda-derecha no es la única explicación plausible. Ya Lipset (1960) argumentó que las actitudes políticas son bidimensionales, con una segunda dimensión “autoritarismo”.<sup>12</sup>

12 Acerca de cuestiones generales relativas a la bidimensionalidad y estrategias partidarias en presencia de una segunda dimensión, véase el número especial de *Party Politics*, con introducción de Elias, Szocsik y Zuber (2015).

Según Albright (2010: 714), la dimensión única izquierda-derecha “está perdiendo sostenidamente su capacidad para sintetizar el comportamiento partidario”. Mientras que los temas económicos siguen constituyendo la dimensión fundamental según la cual los partidos compiten en la mayoría de los países (Huber e Inglehart, 1995; Wagner, 2012), las cuestiones sociales y culturales han cobrado importancia desde la década de 1970 (Inglehart y Flanagan, 1987). Es más, se ha argumentado que en numerosos países las dimensiones cultural y económica ya no se correlacionan mutuamente de forma clara, de modo que no es posible caracterizar el espacio político según un eje único izquierda-derecha, sino que ese espacio necesita ser descripto como bidimensional (Kitschelt, 1994; Kriesi y otros, 2006, 2012; Marks y otros, 2006). Brady, Ferejohn y Paparo (2017), por ejemplo, hallaron en un estudio de 7 países que los partidos tradicionales adoptan políticas más favorables a la inmigración que sus seguidores y atribuyen el debilitamiento de esos partidos a esta distancia: “La inmigración ha abierto una brecha entre los partidos más importantes –los que normalmente forman parte del gobierno– y sus seguidores, y esa brecha abrió un enorme espacio para nuevos movimientos, ya sea dentro de los partidos existentes o fuera de ellos”. Durante mucho tiempo, la retórica de la derecha radical se centró en “le están quitando su trabajo”, mientras que en el último tiempo, esa retórica pasó a “usted está pagando por ellos”, es decir, que la “clase media” es la que les paga subsidios a los pobres, en especial a los inmigrantes, en especial los de diferente color de piel. “Los hogares de inmigrantes ilegales reciben mucho más por concepto de beneficios de la seguridad social federal que los hogares de los estadounidenses”, escribió Trump en una publicación en Facebook, en 2016; “Yo lo arreglaré”. En palabras de Brady, Ferejohn y Paparo (2017: 3), “la inmigración le pone un rostro reconocible a sucesos que bien podrían atribuirse a otras fuerzas”. De ahí, el relato alternativo es que cualquiera sea la distancia izquierda-derecha entre ellos, los partidos tradicionales incrementaron su distancia de las preferencias de los votantes en materia de inmigración, y alienaron, por ende, a sus seguidores.

Un tema por elucidar radica en por qué motivo los partidos de centro estarían alejados de sus votantes en la segunda dimensión, cualquiera sea. Dancygier (2017) ofrece una explicación plausible. Dar cabida a las premisas xenófobas resulta costoso para estos partidos en términos de votos, porque lleva a que las personas a las que esta autora denomina “cosmopolitas” abandonen el electorado. Por tanto, los partidos de centro se enfrentan a la negociación entre ganar los votos de algunos sectores de su potencial electorado y perder los de otros sectores. Adoptan posturas xenófobas cuando resulta ventajoso desde el punto de vista electoral, y se abstienen de apelar a esas actitudes cuando esa apelación conduciría a la erosión de sus seguidores tradicionales. Aun si maximizaran sus porcentajes de votos potenciales, en cualquier caso enfrentan limitaciones respecto de hasta dónde pueden llegar. Como resultado, en situación de equilibrio, mantienen distancia de algunos votantes en la dimensión cultural.

Antes de sintetizar, observemos con más detalle un país en particular: Francia. En primer lugar, si bien una gran mayoría –el 71%, frente al 57% en 2013– de los franceses encuestados están de acuerdo en que “las nociones de izquierda y derecha son obsoletas”, el 94% se sigue situando en esa dimensión (Hastings, 2018). Lo mismo ocurre con el 91% de los europeos (excepto Rusia) en general (Cautres, 2018). Durante los últimos cuarenta años, Francia experimentó varias alternancias partidarias; todos los gobiernos se centraron en reducir el desempleo, aunque el desempleo nunca bajó del 9%. Por lo tanto, como informa Teinturier (2018: 65), los votantes se preguntan si la política tiene algún efecto en sus vidas. Desde 2013, entre el 75 y el 83% de los franceses declararon que “el sistema democrático funciona bastante mal en Francia. Tengo la impresión de que mis ideas no están bien representadas”. Es más, cerca de dos tercios acuerdan en que “la mayoría de los políticos son corruptos” y entre el 83 y el 89% coinciden en que “actúan principalmente según sus intereses personales”. La política evoca “decepción” entre el 40% de los encuestados, “disgusto” entre el 20%, “enojo” entre el 13% e “indiferencia” entre el 9% (todas las cifras son de Teinturier, 2018). La abstención electoral en las elecciones legislativas se ha incre-

mentado de manera marcada desde la década de 1980, y en las elecciones presidenciales desde 2007. En conjunto, estos patrones indican que si bien la dimensión izquierda-derecha sigue siendo tan preponderante como lo fue en el pasado, la mayoría de las personas están disgustadas con los partidos tradicionales.

Al mismo tiempo, existe una percepción general de que el espacio de cuestiones no es unidimensional. Siguiendo a Inglehart, Foucault (2018) considera que la segunda dimensión es, en líneas generales, cultural, pero sin especificar sus componentes ni mostrar su independencia de la dimensión económica. En una osada novela (*Sumisión*, 2015), Michel Houellebecq agita el espectro de una coalición confesional, católico-islámica opuesta a otra secular y republicana. Los únicos datos duros que logré encontrar al respecto son de Piketty (2018), que utiliza encuestas en boca de urna para clasificar a los votantes de acuerdo con sus actitudes positivas o negativas hacia la redistribución y la inmigración, y muestra que en 2017 se dividieron en proporciones casi iguales entre las cuatro celdas de esta tabla de dos columnas y dos filas. Por tanto, los datos apuntan a que la inmigración divide a los individuos con independencia de la dimensión izquierda-derecha, aunque no queda claro qué otro efecto provoca.

Por último, el resultado de la elección presidencial de 2017 fue una debacle para la izquierda tradicional. En sus circunscripciones tradicionales, el porcentaje de votos de la izquierda de las personas de entre 18 y 39 años cayó del 31%, en 2012, al 7%; entre los votantes con educación superior a escuela secundaria, descendió del 33 al 7%; en los empleados públicos, la caída fue del 41 al 8%. Sin embargo, parece que la mayoría de los votos que perdió el Socialismo se dividió entre la extrema izquierda y el centro, sin beneficiar a la derecha. A su vez, si bien la elección de 2017 fue la primera en la que más trabajadores votaron a la extrema derecha (Frente Nacional) que a la izquierda, la mayor proporción de trabajadores fue la que no acudió a votar (basado en Foucault, 2018).

A fin de cuentas, incluso con todos estos datos, es difícil saber en qué medida las transformaciones políticas recientes en Francia son debidas al descontento con los partidos tradicionales –una crisis de representación– y en qué medida, en cambio, se deben a la relevancia emergente de alguna segunda dimensión que divi-

de a los votantes, con independencia de la dimensión económica. Piketty (2018: 26-27) informa que, en realidad, la proporción de votantes que dicen que hay “demasiados” inmigrantes en Francia ha disminuido con el tiempo, tanto como lo ha hecho la dimensión religiosa. Por lo tanto, no queda claro si la virtual desaparición de los partidos tradicionales de centroizquierda y centroderecha se debe al disgusto de los votantes con los políticos o a su distancia respecto de los votantes en la dimensión de la cuestión inmigratoria.

Más en general, es posible observar que el apoyo a los partidos tradicionales del centro se ha derrumbado en toda Europa y que algunos votantes centristas se han retirado del electorado, mientras que los porcentajes de votos obtenidos por los partidos de derecha radical se incrementaron, aunque no necesariamente la cantidad absoluta de seguidores de esos partidos. Es difícil establecer en qué medida estas transformaciones se deben a un rechazo generalizado de los partidos y los políticos, y en qué medida al surgimiento de alguna segunda dimensión, de índole “cultural”. Es más, para reiterar la salvedad formulada en el primer apartado de este capítulo (“Erosión de los sistemas de partidos tradicionales”), el rechazo de la política partidaria puede no tratarse más que de un fenómeno transitorio: nuevos partidos del centro pueden reemplazar a los tradicionales, movilizar a los votantes del centro y disuadir un desplazamiento mayor del electorado hacia la derecha radical, como, al menos por ahora, parece estar ocurriendo en Francia. Sin embargo, también es posible que el proceso de erosión del centro se profundice, y que partidos xenófobos y populistas sigan cobrando fuerza, o que los partidos de centro tradicionales logren impedir el incremento de los votantes de la derecha radical moviéndose a esa posición ellos mismos.

#### MENGUA DEL APOYO A LA DEMOCRACIA EN LAS ENCUESTAS

Se citan encuestas de diversos tipos como prueba de la mengua del apoyo al sistema democrático, es decir, de la “autocratiza-

ción” o “desconsolidación democrática”. En particular, para Foa y Mounk (2016) resulta alarmante que en seis de los países que examinaron, los votantes más jóvenes consideraran menos “esencial vivir en una democracia”.<sup>13</sup> Armingeon y Guthmann (2014) estudiaron 78 encuestas realizadas en 26 países de la Unión Europea para comparar el apoyo al sistema democrático en 2007 y 2011. Notaron que ese apoyo cayó en 20 países y aumentó en 6, con un decaimiento de 7,2 puntos en la media total. Los países que se vieron más afectados por la crisis de 2008, en especial Grecia y España, son aquellos donde la disminución del apoyo fue mayor. Resultados similares respecto de la crisis de 2008 surgen de encuestas efectuadas por World Values Studies en las cuales se preguntaba a los encuestados si confiaban en la democracia, en los expertos, el ejército o los líderes fuertes, aunque con patrones más heterogéneos en el largo plazo; el decaimiento más marcado en la posición relativa de la democracia desde el período 1994-1998 se registró en los Estados Unidos (Weakliem, 2016a). Las encuestas también muestran la mengua de confianza acerca de otras instituciones, no solo las representativas. Al menos en los Estados Unidos, la confianza decayó notoriamente respecto de los periódicos, la televisión, los bancos, las grandes empresas, la religión, las escuelas y el sistema médico (Weakliem, 2016b, sobre la base de datos de Gallup).

¿Son estas cifras señales de una crisis de la democracia? Si estas magnitudes definen una crisis, entonces eso no entraña otra cosa que una tautología, que suelen cometer quienes las producen. Pero ¿deberíamos tomarlos como presagios de un derrumbe de la democracia? Son muchos los títulos de artículos de gran difusión en los cuales estos números “tocan a rebato por la democracia”. Sin embargo, si bien esas cifras son desalentadoras, no existe ni un atisbo de evidencia de que sean predictoras de algo. Seis meses antes del golpe en Chile, solo el 27,5% de los encuestados creían que “un golpe militar era conveniente para Chile” (Navia

y Osorio, 2018). Si la democracia requiere o no la presencia de demócratas, si su existencia sostenida depende o no de actitudes individuales es un tema controvertido. Y aunque se demostrase esa dependencia, la relación causal entre respuestas a encuestas y la erosión de la democracia debe estar en correlación con las acciones de grupos políticos organizados.

Las respuestas a las preguntas de encuestas son informativas pero no predictivas. Y esto es así por un motivo: nadie sabe qué entienden los individuos de distintos países y en diferentes momentos por “democracia” cuando se les pregunta si la “democracia” es la mejor forma de gobierno o si es esencial que un país sea gobernado “democráticamente”. Mientras las élites conciben la democracia en términos institucionales, varias encuestas indican que los públicos masivos suelen contemplarlas en términos de “igualdad social y económica”. Es más, si bien ciertas encuestas recientes señalan que muchas personas desearían ser gobernadas por “líderes fuertes” y muchas otras, por “expertos” no partidarios, ¿significa esto que no quieran tener voz en la elección de los líderes o los expertos? El gusto por elegir gobiernos mediante elecciones es un gusto adquirido pero, una vez adquirido, se vuelve adictivo. Querer que los gobiernos actúen con eficiencia, esperar que sean competentes y efectivos a la hora de mejorar la vida de las personas no implica renunciar al derecho a elegirlos y a reemplazarlos cuando fracasan. Por último, a pesar de todas las variaciones en materia de apoyo a la democracia que muestran las encuestas realizadas de treinta y cinco años a esta parte en diferentes países desarrollados, en ninguno de ellos se derrumbó la democracia. Podemos preocuparnos cuando pocas personas expresan confiar en los partidos políticos, los órganos parlamentarios o los gobiernos, cuando la creencia de que la democracia es el mejor sistema de gobierno se debilita en el público general o cuando el anhelo de contar con líderes fuertes o con gobiernos de expertos se acentúa. Pero el poder predictivo de las respuestas a esas preguntas en relación con el colapso total de la democracia es nulo. No debemos sacar conclusiones respecto de la supervivencia de la democracia a partir de respuestas a preguntas de encuestas.

13 Un debate acerca de Foa y Mounk, consta en <journalofdemocracy.org/o nline-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>.

## 5. Causas potenciales

Compartamos un chiste irlandés. Dos turistas se pierden durante una caminata por Irlanda. Le preguntan a un campesino que cultiva su campo: “¿Cómo llegamos de aquí a Dublín?”. El campesino responde: “Bueno, no de aquí”. ¿Dónde han de iniciarse las explicaciones? ¿Globalización, cambio tecnológico, ruptura del compromiso de clase, inmigración, habilitación del prejuicio por parte de algunos políticos insurgentes u otra cosa? El propósito de este capítulo reside simplemente en catalogar las posibles explicaciones, sin intentar corroborar cuál es la mejor. En el capítulo 6, se encaran los problemas que entraña identificar causalidades.

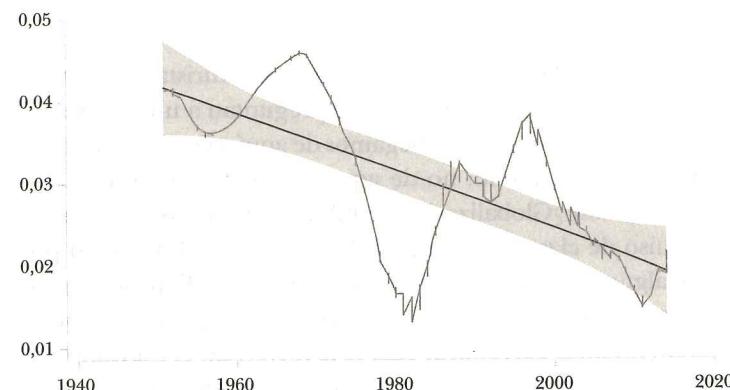
### **LA ECONOMÍA: ESTANCIAMIENTO DEL INGRESO, DESIGUALDAD Y MOVILIDAD**

El instinto indica comenzar con la economía, y allí es donde empiezo. En líneas generales, los desarrollos económicos de las décadas pasadas pueden caracterizarse mediante tres transformaciones que generaron dos efectos. Esas transformaciones son:

1. decaimiento de las tasas de crecimiento de los países que ya estaban desarrollados;
2. aumento de la desigualdad del ingreso entre individuos y hogares, así como una participación decreciente de la mano de obra en la industria manufacturera, y
3. descenso del empleo en la industria e incremento del sector de los servicios, en especial de los puestos laborales con bajos salarios.

Veamos algunos datos al respecto.

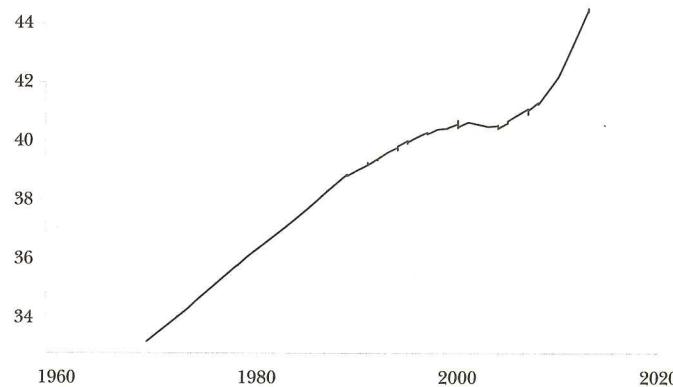
**Figura 5.1.** Tasa de crecimiento del ingreso per cápita por año en países que eran miembros de la OCDE antes de 2000



**Nota:** La línea irregular es un suavizado Lowess; la línea ajustada, una regresión polinómica fraccionaria con intervalo de confianza del 95%.

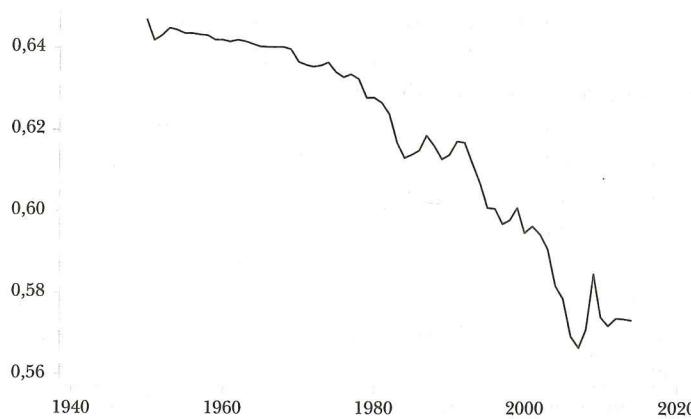
Las tasas de crecimiento de las democracias desarrolladas –considero como tales a los países que eran miembros de la OCDE antes de 2000– decayeron de cerca del 4% en la segunda posguerra a cerca del 2% en la actualidad. La figura 5.2 muestra los promedios anuales y la tendencia. Como se nota allí, el promedio de la desigualdad dentro de los países se incrementó de manera notoria (la figura se ve casi idéntica para países que eran miembros de la OCDE antes de 2000). La figura 5.3 revela que la participación promedio de los trabajadores registró una caída drástica respecto de 1980 aproximadamente. A la vez, como se muestra en la figura 5.4, el empleo promedio en la industria mermó con el paso del tiempo en términos absolutos en las democracias desarrolladas, mientras que el empleo en el sector de los servicios se incrementó.

**Figura 5.2.** Coeficiente de Gini promedio de ingresos antes de impuestos en Europa, Japón, Australia, Nueva Zelanda, por año

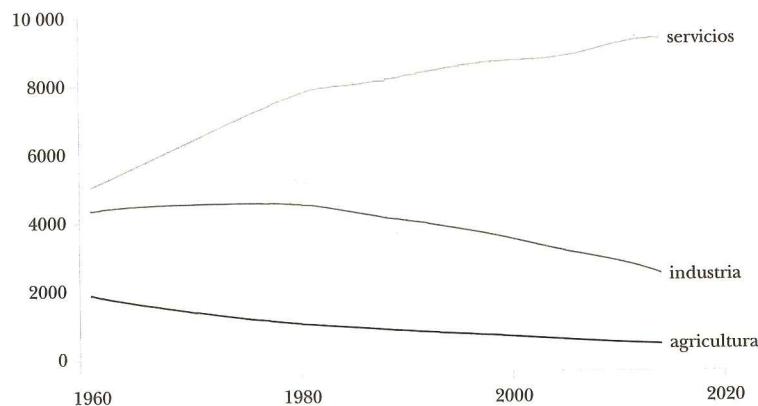


**Fuente:** Armingeon y otros (2016). Se utilizó suavizado Lowess.

**Figura 5.3.** Participación promedio de los trabajadores por año en países miembros de la OCDE antes de 2000



**Figura 5.4.** Empleo promedio por sector en el tiempo; números absolutos

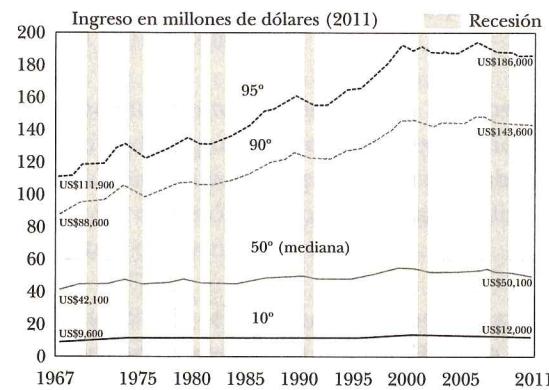


Fuente: Armingeon y otros (2016). Se utilizó suavizado Lowess

El primer efecto de la combinación de tasas de crecimiento en descenso con desigualdad creciente es el estancamiento de los ingresos más bajos –representado en la figura 5.5–, situación que ha tenido una duración excepcionalmente prolongada en los Estados Unidos. La imagen es en cierto grado diferente en el resto de los países miembro de la OCDE antes de 2000. La figura 5.6 muestra que, mientras la distancia entre el ingreso de los deciles superior e inferior pasó por un marcado incremento a partir de la década de 1980, los ingresos por debajo de la mediana siguieron subiendo lentamente hasta que todos los ingresos se vieron afectados por la crisis de 2008.

El segundo efecto es la erosión de la creencia en el progreso material. Según el Pew Research Center (Relevamiento Global de Actitudes, primavera de 2015), hoy en día el 60% de los encuestados en los Estados Unidos y el 64% en Europa creen que sus hijos estarán económicamente en peor situación que ellos.

**Figura 5.5.** Ingreso real de los hogares en percentiles seleccionados, 1967-2011

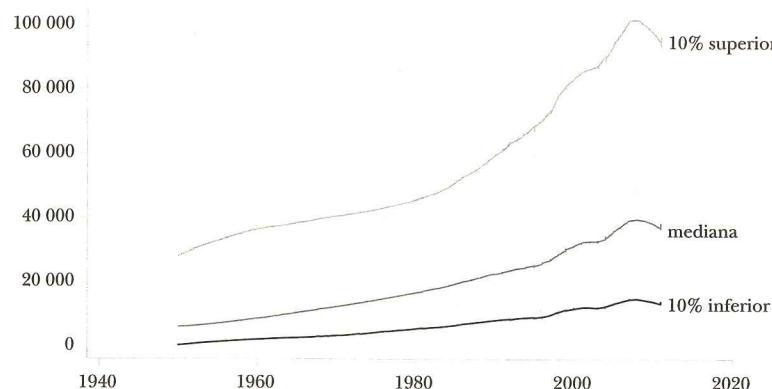


Fuente: Oficina del Censo de los Estados Unidos, dominio público.

Es más, no se trata solo de percepciones. Chetty y otros (2016) calculan que en los Estados Unidos el 90% de los hijos de 30 años estaban mejor en términos económicos que sus padres a la misma edad en 1970, mientras que en 2010 esa era la situación solo para el 50%. Dicho desmoronamiento de la creencia tan arraigada del progreso intergeneracional es un fenómeno que afecta a la civilización occidental entera, ya que fue un ingrediente fundamental suyo durante los últimos doscientos años. Desde aproximadamente 1820, todas las generaciones en Europa y los Estados Unidos vivieron y tuvieron la expectativa de vivir mejor que sus padres y, sin embargo, actualmente esa creencia se está haciendo añicos. Se trata, sin duda, de una transformación que puede tener consecuencias culturales y políticas profundas.

¿Por qué se dieron esas transformaciones económicas? Hay dos hipótesis sencillas y plausibles. Una es “la globalización”, la combinación de liberalización de los mercados de las commodities y los capitales sumada a las reformas chinas.

**Figura 5.6.** Ingresos promedio de grupos seleccionados, países de la OCDE (antes de 2000), excluidos los Estados Unidos



**Nota:** Calculado sobre la base de PWT9.0 y WIDER, en dólares estadounidenses en paridad de poder adquisitivo (PPA) (2011). Se utilizó suavizado Lowess.

La segunda hipótesis es la de un autogolpe de la burguesía: la ruptura del compromiso de la clase. Los dos sucesos tienen una fecha definida, situable entre 1978 y 1980, de modo que no es posible distinguirlos debido a su proximidad. Pueden estar o no asociados, pero los analizo por separado.

El efecto de China es tema de gran controversia. Autor, Dorn y Hanson (2013; véase también Acemoglu y otros, 2016) llegan a la conclusión de que el incremento de las importaciones provoca aumento del desempleo, menor participación de la fuerza de trabajo y reducción de salarios en mercados laborales locales que alojan industrias que compiten con las importaciones. Esos autores atribuyen un cuarto de la declinación contemporánea agregada observada en el empleo industrial estadounidense a la competencia con las importaciones provenientes de China. Sin embargo, Rothwell (2017) cuestiona las estimaciones de Autor, Dorn y Hanson y concluye que la competencia extranjera no pa-

rece elevar el riesgo de pérdida de puestos de trabajo en mayor medida que la competencia interna, y que las personas que viven en las comunidades más expuestas a la competencia del exterior no están en peor situación económica en promedio. Rothwell y Diego-Rosell (2016) coligen:

Sorprendentemente, en los Estados Unidos, parece no existir vínculo alguno entre mayor exposición a la competencia comercial o competencia con trabajadores inmigrantes y adhesión a las políticas nacionalistas propugnadas en la campaña de Trump.

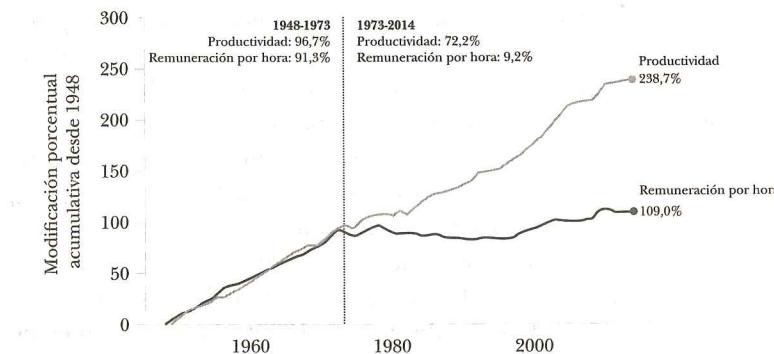
A su vez, Miao (2016) señala que la competencia con las importaciones baja los precios y detecta una significativa mejora del bienestar asociada con el comercio con China. Es más, en una reciente revisión de la bibliografía específica, Helpman (2016) llega a la conclusión de que el incremento de la desigualdad en el ingreso se debe, ante todo, a factores ajenos al comercio de las commodities. En suma, los economistas necesitan resolver sus desacuerdos. Lo que es claro es que algunas personas perdieron como resultado de la globalización y no fueron compensadas por medio de políticas redistributivas o de otro tipo (Rodrik, 2017).

Una explicación alternativa es la rotura de un compromiso de clase. La imagen más sorprendente es la de los Estados Unidos, graficada en la figura 5.7. Lo mismo se aplica a algunas, si bien no todas, economías avanzadas después de 1999, tal como se muestra en la figura 5.8. Otras fuentes informan que también ocurrió en Alemania, a partir de 1997; en Japón, a partir de 2002, y en el Reino Unido, a partir de 1998.

Hasta 1978, aproximadamente, los incrementos en salarios seguían casi con exactitud a los incrementos en la productividad, de modo que la distribución funcional del ingreso era estable. Los trabajadores industriales estaban organizados en sindicatos protegidos por el Estado, con casi pleno empleo; los sindicatos contaban con un poder monopólico sobre los mercados de trabajo. Anticipando que las demandas de aumento de salario excesivas llevarían a las empresas a invertir menos, los sindicatos ejercían

un control salarial, cuando se hallaban suficientemente centralizados. Las políticas de gobierno estaban sujetas a las mismas restricciones que los sindicatos: la imposición excesiva de impuestos a las ganancias reduciría la inversión y, por ende, el consumo futuro. Por su parte, enfrentadas a demandas salariales y fiscales moderadas, las empresas no solo invertían, sino que además convivían con los sindicatos y la democracia. Como resultado, surgió un “compromiso de clase democrático” en forma natural. Los gobiernos gestionaron ese compromiso regulando los mercados, brindando servicios sociales y ofreciendo incentivos a la inversión y la innovación.

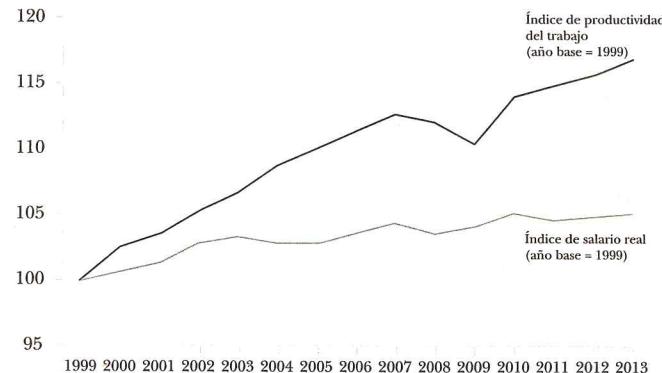
**Figura 5.7. Falta de conexión entre productividad y remuneración usual del trabajador, 1948-2014**



**Nota:** Los datos corresponden a remuneración horaria promedio de trabajadores de la producción/no supervisores del sector privado y a productividad neta de la economía total. “Productividad neta” es el crecimiento de la producción de bienes y servicios menos la depreciación por hora trabajada.

**Fuente:** Instituto de Política Económica.

**Figura 5.8. Productividad e índice salarial (economías avanzadas del G20)**



**Nota:** La productividad del trabajo se define como PBI por persona empleada y PBI usado en dólares PPA 2005 para todos los países. Las economías avanzadas del G20 incluyen a Australia, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, República de Corea, el Reino Unido y los Estados Unidos. Los dos índices se basan en un promedio ponderado de todos los países del grupo que tiene en cuenta la productividad del trabajo y el tamaño del empleo remunerado.

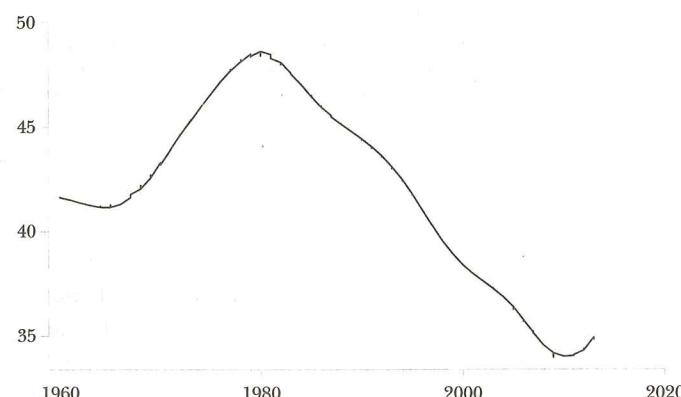
**Fuente:** OIT.

Este compromiso quedó hecho añicos en el Reino Unido y en los Estados Unidos con las respectivas victorias de Thatcher y Reagan, quienes de inmediato pusieron la mira sobre los sindicatos,<sup>14</sup> y se debilitó en forma más gradual en la mayor parte del resto de los países. A raíz de ello, como se muestra en la figura 5.9, el promedio de la densidad de los sindicatos se redujo en más de diez puntos porcentuales entre su punto máximo, en 1980, y 2010. Quizás la medida del gobierno de Thatcher que tuvo mayores

<sup>14</sup> “Sindicatos” fue la palabra empleada con mayor frecuencia tanto en el Manifiesto Conservador de 1979 como en la campaña electoral de Thatcher. Bajo la presión combinada del desempleo y las leyes hostiles, el movimiento sindical se vio gravemente debilitado: perdió el 17% de sus afiliados en cinco años.

consecuencias en este sentido haya sido la apertura subrepticia de la cuenta capital, lo cual modificó los equilibrios entre crecimiento y redistribución y, por ende, obligó a los dos partidos a reducir el alcance de la redistribución que proponían (Dunn, 2000). La apertura de la cuenta capital no fue un problema en la elección de 1979, cuando la señora Thatcher accedió a su cargo. Sin embargo, una vez tomada esa decisión, el espectro total de medidas factibles se modificó. Cabe destacar que esta ofensiva de la derecha fue premeditada, planeada y vigorosamente promovida por todo tipo de *think tank*, además de haber sido difundida en forma coactiva en las instituciones financieras internacionales gracias a la influencia de los Estados Unidos, bajo el nombre de “Consenso de Washington”.

**Figura 5.9.** Densidad de los sindicatos por año en países que antes de 2000 eran miembros de la OCDE



Nota: Se utilizó suavizado Lowess.

Fuente: Armingenon y otros (2016).

Más allá de cuáles hayan sido las causas –y a estas se suma la automatización–, dichos procesos generaron ganadores y perdedores. Para referencia futura, tiene sentido distinguir: 1) perdedores reales, que se quedaron sin sus trabajos estables con salarios vita-

les en la industria y debieron o bien pasar a trabajos con menor remuneración en el sector de los servicios o fueron obligados a jubilarse o pasaron a ser desocupados perennes; 2) potenciales perdedores: quienes temen ese destino; 3) no ganadores: básicamente, los cuentapropistas, la tradicional pequeña burguesía cuyas condiciones materiales no se modificaron en gran medida en uno u otro sentido y 4) ganadores: receptores de ingresos por ganancias, como sea que se los disfrazo.

#### DIVISIÓN: POLARIZACIÓN, RACISMO Y HOSTILIDAD

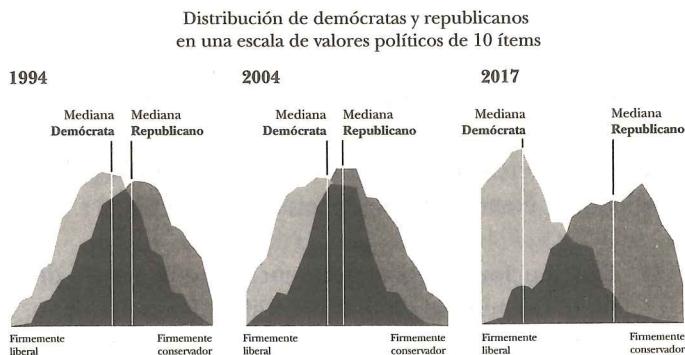
Al reflexionar acerca de la intensidad de las divisiones políticas, es necesario tener en cuenta dos aspectos diferentes.

1. Distribuciones de las preferencias según alguna dimensión general de políticas (liberal-conservadora, en los Estados Unidos; izquierda-derecha, en Europa) o respecto de cuestiones específicas, por ejemplo, la inmigración. Esas distribuciones pueden caracterizarse en términos de “polarización”: una población está polarizada si las preferencias individuales dividen a los individuos en agrupamientos que son homogéneos internamente y distantes entre sí (Esteban y Ray, 1994).
2. Las acciones que los individuos con preferencias particulares están o no dispuestos a emprender en relación con los miembros de otro u otros grupos. Este aspecto reviste importancia porque personas que comparten un perfil ideológico pueden albergar posturas diferentes en relación con aquellos con quienes disienten y pueden o no estar dispuestos a llevar a cabo actos hostiles contra ellos.

La distancia ideológica de los simpatizantes de partidos en los Estados Unidos, graficada en la figura 5.10, se incrementó en forma notoria en los últimos veintitrés años. Que lo dicho sea válido

para todos los países europeos es más difícil de aseverar, debido a la prevalencia de sistemas multipartidarios en los que los individuos se distribuyen en partidos que ocupan posiciones diversas en el espectro izquierda-derecha.

**Figura 5.10.** Mayor división ideológica entre demócratas y republicanos que en el pasado



**Notas:** Coherencia ideológica basada en una escala de 10 cuestiones relativas a valores políticos. La zona de color gris claro del gráfico representa la distribución ideológica de demócratas e independientes con tendencias demócratas; la zona de color gris oscuro representa a los republicanos y a los independientes con tendencias republicanas. La superposición de las dos distribuciones es de color negro.

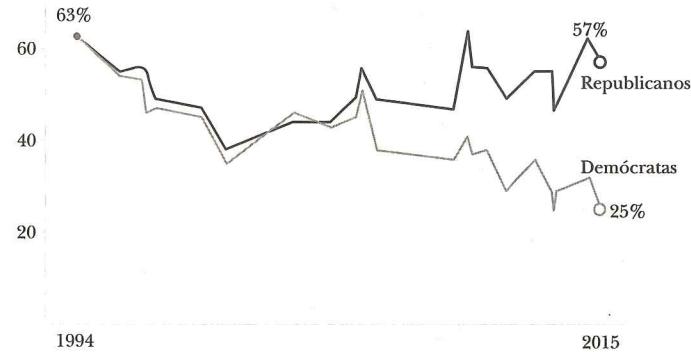
**Fuente:** Pew Research Center, dominio público; véase <[www.pewresearch.org/terms-and-conditions](http://www.pewresearch.org/terms-and-conditions)>.

Dada la disponibilidad de varios partidos, cabría esperar que los simpatizantes de cada uno fueran más homogéneos, pero la distancia general entre ellos es más difícil de caracterizar. De hecho, los datos que indican que los votantes se han alejado del centro son ambiguos fuera de los Estados Unidos. La distribución de individuos en la dimensión izquierda-derecha estudiada por Medina (2015: figura 1) en 18 países europeos tiende a ser trimodal: se observa una moda de mayor tamaño en el centro y

dos más pequeñas a la izquierda y la derecha del centro. Entre el bienio 2002-2003 y 2008, la media se desplazó hacia la izquierda en 6 países, hacia la derecha en 6 y en los otros 6 su posición fue estadísticamente indistinguible. En términos de polarización, el tamaño de la moda central disminuyó en 7 países (Bélgica, República Checa, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Polonia y Eslovenia), aumentó en 3 y permaneció igual en 8. A la vez, Moral y Best (2018) hallaron que la polarización de los ciudadanos se incrementó en Australia, Dinamarca, Suecia y los Estados Unidos, pero disminuyó en Alemania y los Países Bajos. Por lo tanto, si bien en algunos países los votantes tomaron distancia del centro, no existe una tendencia europea general.

**Figura 5.11.** La inmigración no siempre fue una cuestión partidaria

*Actualmente, una gran proporción de republicanos dice que los inmigrantes son "una carga" para la sociedad estadounidense.*

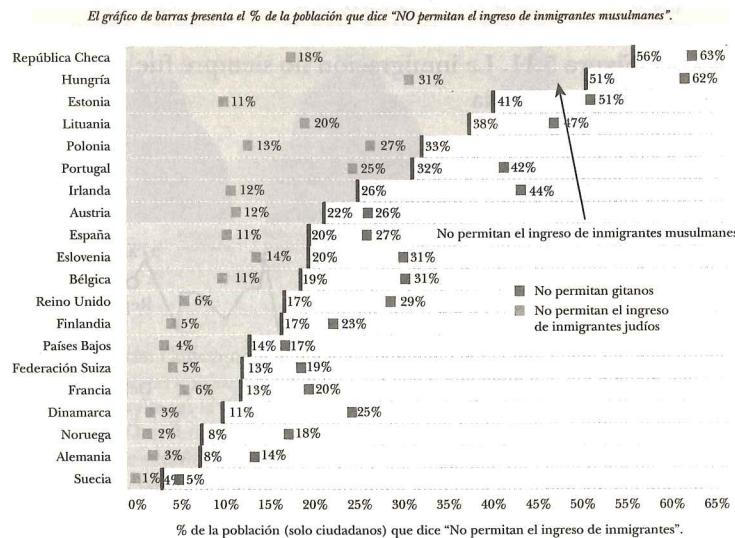


**Fuente:** Pew Research Center, dominio público (véase <[www.pewresearch.org/terms-and-conditions](http://www.pewresearch.org/terms-and-conditions)>).

Como se muestra en la figura 5.11, el aumento de la polarización es particularmente evidente en relación con la inmigración. La inmigración –en algunos países, específicamente el ingreso de refugiados– es, además, la cuestión más destacada, aquella que más divisiones provoca en Europa. La distribución de posturas respec-

to de la inmigración es claramente bimodal en el continente entero (Spoon y Kluwer, 2015). Es más, si bien las actitudes respecto de la inmigración varían entre países europeos, es sorprendente que los encuestados distingan los potenciales inmigrantes por pertenencia étnica o “raza”: como se muestra en la figura 5.12, los gitanos son menos deseables en casi todos los países que los musulmanes, que son, a su vez, menos deseables que los judíos.

**Figura 5.12. Actitudes europeas respecto de los inmigrantes: diferencias “raciales”**



Fuente: Censo Social Europeo.

La oratoria sobre la inmigración empleada por la derecha amalgama dos cuestiones diversas. Una de ellas es el control sobre el flujo actual de extranjeros que cruzan las fronteras; al respecto, la derecha suele emplear el léxico de la “soberanía nacional”. Pero nótese que el flujo neto actual entre los Estados Unidos y México tiene dirección sur: según el Pew Research Center (2015),

entre 2008 y 2014, la población mexicana de los Estados Unidos decreció en 140 000 individuos. Por lo tanto, si en efecto Trump hubiese construido un muro durante su presidencia, habrían sido más aquellos a quienes el muro no dejase salir que aquellos a quienes impidiese ingresar. En rigor, hay motivos para pensar que si esa frontera estuviera abierta por completo, habría menos mexicanos indocumentados en los Estados Unidos en cualquier momento dado: disminuir el riesgo de no poder regresar sería un incentivo menor para permanecer de manera ilegal. Lo mismo no se aplica a países expuestos al ingreso masivo de refugiados, aunque sí es válido para Francia, donde el influjo neto es bajo en términos relativos. De hecho, cuando la señora Le Pen o Donald Trump hablan de “inmigrantes” se refieren a los hijos de inmigrantes de tercera generación que tienen una fisonomía diferente. Una y otro invocan un mito de la “cultura nacional”, algún estilo de vida tradicional que la presencia de “inmigrantes” socava. “Inmigrantes” no es más que una palabra en código que en realidad expresa “racismo”.

Por sacrílego que pueda parecer, resulta útil examinar la relación conceptual entre racismo y multiculturalismo. La diferencia obvia entre los dos reside en que el racismo afirma la existencia de la desigualdad entre grupos, y trata a unos como innatamente superiores y a los otros, como inferiores. La segunda diferencia radica en que las razas son definidas por los racistas y, en su visión, un individuo es miembro de una raza en virtud de su origen, con independencia de su elección, mientras que la ideología del multiculturalismo concibe la posibilidad de elegir la identidad cultural. Sin embargo, las identidades que elegimos no son siempre aquellas a partir de las cuales nos perciben los otros. En las bellas palabras de Amitav Ghosh, dejamos “líneas de sombra”: puedo no verme como judío o musulmán, pero otros pueden seguir viéndome así. Lo que estas ideologías tienen en común es la ontología de la fragmentación social que debe ser reconocida por la sociedad y el Estado. Como observó Michaels (2007: 3),

la meta de superar el racismo, que algunas veces se había identificado como la meta de crear una sociedad

“ciega a los colores”, se reconcibió ahora como la meta de crear una sociedad diversa, es decir, “consciente de los colores”.

Los puntos en común del racismo y el multiculturalismo se vuelven obvios cuando se yuxtaponen con la ideología del “república-nismo”: la idea de que, en cuanto ciudadanos, somos anónimos, que cuando las personas con diferentes características y diferentes autopercepciones identitarias ingresan en la esfera pública pierden todas sus cualidades y deben ser tratadas como iguales porque son indistinguibles (Rosanvallon, 2004). A pesar de todas sus diferencias, el racismo y el multiculturalismo son ambos ideologías que fraccionan la sociedad en grupos diferentes.

Cuando se combina con el relativismo cultural, la ideología posmoderna implica una multiplicidad de verdades. La verdad de un enunciado es autenticada por la identidad del hablante, y todas las identidades están dotadas de igual autoridad. Se crea así un mundo que permite las diferencias pero impide los disensos (Michaels, 2007). Si digo “En cuanto hombre de color rosa, creo que la noticia es...”, cualquiera puede decir que esa noticia es falsa para él o ella. Pero ni el otro puede persuadirme a mí, ni yo puedo persuadirlo a él: cada uno de nosotros tiene su propia verdad. No hay nada acerca de lo cual hablar; en un estudio reciente, se informa que una cena del Día de Acción de Gracias en que los invitados pertenecían a distritos electorales dominados por partidos diferentes duró entre treinta y cincuenta minutos menos que una cena a la que solo asistieron simpatizantes del mismo partido (el promedio fue de doscientos cincuenta y siete minutos; Chen y Rohla, 2018). Nuestras creencias no tienen autoridad alguna sobre los otros porque están condicionadas por nuestra identidad. En un mundo relativista, las noticias de los otros son todas *fake*, y no existe procedimiento alguno por el cual sea posible determinar si son verdaderas o falsas: este es el mundo de la “posverdad”.

Como parte de un análisis incisivo y excepcionalmente bien fundado, Lewandowsky, Ecker y Cook (2017) informan algunos resultados de sus investigaciones:

1. “Las correcciones son rara vez totalmente efectivas, vale decir, pese a que se efectúe una corrección, y pese a reconocer que esa corrección existe, la gente en su inmensa mayoría sigue confiando, al menos en parte, en información cuya falsedad conoce. [...] En algunas circunstancias, cuando la corrección pone en cuestión las visiones del mundo de las personas, la creencia en la falsa información puede, irónicamente, incluso incrementarse” (2017: 355).
2. Las falsedades inducen a algunas personas a concluir que la verdad es incognoscible, aun a pesar de que el mensaje falso no sea creíble.
3. La propagación de falsedades interfiere en el reconocimiento de otros mensajes como verdaderos.
4. Las personas tienden a persistir en creencias que reconocen como falsas si creen que son compartidas por otros.

Los autores llegan a la conclusión de que:

Actualmente enfrentamos una situación en la que una importante proporción del pueblo vive en un espacio epistémico que ha abandonado los criterios convencionales de prueba, coherencia interna y búsqueda de hechos. [...] Una marca distintiva obvia de un mundo de posverdad es que otorga a las personas el poder de elegir su propia realidad, en la que los hechos y las pruebas objetivas son vencidas por las creencias y los prejuicios existentes (2017: 361-362).

Lo que distingue a las personas no es la información sino las epistemologías alternativas. Datos sólidos presentados por Meeuwis y otros (2018) demuestran que inversores que veían la economía según diferentes modelos modificaron sus portafolios de modos distintos en respuesta a las elecciones de 2016 en los Estados Unidos, y esas variantes estaban vinculadas con la pertenencia partidaria.

Es más, aun cuando las visiones de individuos particulares permanezcan inalteradas, sus actitudes hacia aquellos con quienes no están de acuerdo pueden ser más o menos hostiles. En los Estados Unidos, el 86% de los demócratas y el 91% de los republicanos tienen opiniones desfavorables del otro partido, y el 41% de los demócratas y el 45% de los republicanos consideran que el otro partido constituye “una amenaza para la nación” (Achenbach y Clement, 2016). Abundan las anécdotas acerca de experiencias de discriminación y maltrato en la vida cotidiana, y muchos datos sistemáticos indican que el nivel general de ira y hostilidad se encuentra en aumento. En 2012, el 33% de los demócratas y el 43% de los republicanos se describían como ofendidos por el candidato presidencial del partido opositor “la mayor parte del tiempo” o “casi siempre”, mientras que para 2016, el índice de votantes demócratas que dijo que se sentían así de malquistados con Trump se incrementó al 73%, mientras que el índice de republicanos con ese nivel de hostilidad hacia Hillary Clinton aumentó al 66%. El terreno en el que disponemos de más datos sistemáticos, si bien solo para los últimos años, es en relación con los “delitos de odio”. En los Estados Unidos, su incidencia en las 9 áreas metropolitanas más importantes aumentó un 23,3% de 2015 a 2016, con un total de 13 037 (NBC, 2017). Otra fuente informa que se dispararon en el período posterior a las elecciones, con más de 1000 incidentes o delitos denunciados entre el 9 de noviembre y el 12 de diciembre de 2016 (SPLC, 2016). En líneas generales, los incidentes antiinmigrantes (315) siguen siendo los que suscitan la mayor cantidad de denuncias, seguidos por los dirigidos contra los negros (221), los musulmanes (112) y los miembros de la comunidad LGBT (109). Los incidentes que involucraron manifestaciones contrarias a Trump sumaron 26. El Reino Unido registró un incremento de más del 40% en los incidentes discriminatorios denunciados por la víctima entre 2015 y 2016. Además de los delitos de odio basados en la “raza”, el Reino Unido también asistió a un aumento de aquellos vinculados con la orientación sexual. Galop, una organización benéfica antiviolencia LGBT con sede en Londres, informó que los delitos de odio por razón de la orientación sexual experimentaron un incremento del 147% durante el

verano de 2016. Otros países de Europa también registraron una mayor tasa de delitos de odio en el transcurso de los últimos años. Entre 2014 y 2015, Alemania informó un aumento del 77% en esa clase de delito. Amnistía Internacional denunció que los incidentes de violencia contra cierta “raza” alcanzaron en Alemania el punto máximo registrado desde la Segunda Guerra Mundial. Los datos recopilados por el Ministerio del Interior de Alemania indican que los refugios para asilados sufrieron 1031 ataques en 2015, un incremento drástico respecto de los 199 acaecidos en 2014, y 69 de 2013. En España, la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas informó que los ataques contra el Islam se incrementaron de 48 en 2014 a 534 en 2015. Además, el Ministerio del Interior de España publicó datos correspondientes a 2015 que incluyen cientos de delitos discriminatorios vinculados con discapacidades, ideología y orientación sexual (Informe de Derechos Humanos, 2017). Francia parece ser la excepción: los delitos racistas (antisemíticos, antimusulmanes y anticatólicos) alcanzaron un punto máximo en 2015 y luego cayeron al 44,7%, de 2034 a 1125, entre 2015 y 2016 (Franceinfo, 2017).

Estos datos, si bien no sistemáticos, revelan que las brechas que dividen a varios países no son solo políticas, sino que tienen raíces profundas en la sociedad. Esos dos niveles se encuentran obviamente relacionados, pero es difícil determinar el sentido de la causalidad, ya que la polarización social y política pueden alimentarse entre sí (Moral y Best, 2018). Lo que estos hechos nos dicen es que no debemos sobrepolitizar nuestra interpretación de la situación actual, que no debemos reducirla a las acciones de los políticos. Las quejas incesantes respecto del mal genio y la incompetencia de Trump no deben oscurecer el hecho de que su triunfo electoral y el apoyo sostenido con el que contó durante su presidencia reflejan algo más profundo, algo que acecha en la vida cotidiana de la sociedad.

## 6. ¿Dónde deben buscarse explicaciones?

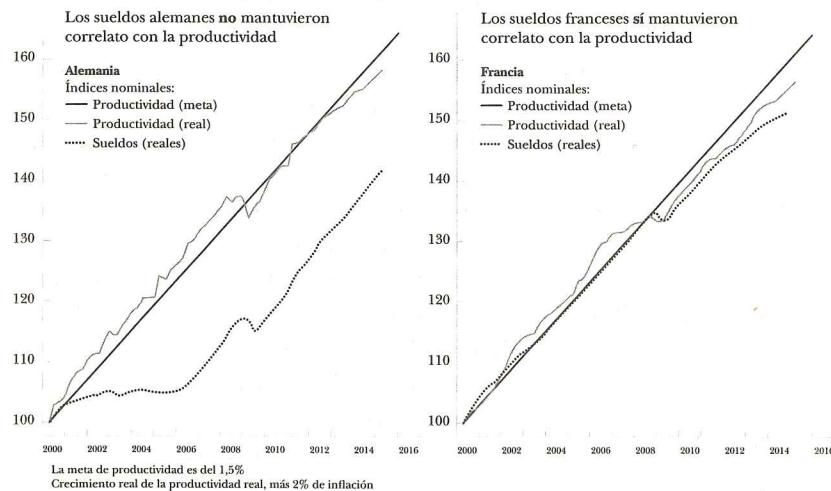
### CUESTIONES METODOLÓGICAS

Como ya vimos, las explicaciones pueden tener como eje la economía, la cultura o las estrategias de los partidos tradicionales, quizás todos ellos o quizás alguna combinación de factores. Sin embargo, la mayoría de los gráficos incluidos en capítulos anteriores representan promedios de grupos de países en el tiempo –tendencias centrales–, aunque de por sí cada país dista de presentar la misma imagen. Hasta 2014, no había partidos de derecha radical en Australia, Canadá, Irlanda, Luxemburgo, Nueva Zelanda, Portugal o España. La proporción de ingresos que percibe el percentil superior muestra un incremento marcado desde la década de 1970 en los países anglosajones, mientras que en Alemania, Japón, Francia, Suecia, Dinamarca y los Países Bajos permaneció estable. La proporción de encuestados que dijo que se debería poner freno a la inmigración varía desde el 25% en Australia, pasando por el 40% en los Estados Unidos, hasta el 69% en el Reino Unido (encuestas Gallup de 2012 y 2014). Sorprendentemente, la figura 6.1 muestra incluso en Alemania y Francia una clara diferencia en la relación entre crecimiento del salario y crecimiento de la productividad.

Resulta destacable que los Estados Unidos sean, en muchos aspectos, un caso aparte. Es la única democracia desarrollada desde el punto de vista económico en la que un candidato con un programa de derecha radical haya ganado una elección. Mientras en la mayoría de los países no tuvo lugar una disminución de los ingresos medios hasta 2008, en los Estados Unidos llevan más tiempo estancados. Los ingresos más elevados aumentaron más en los

Estados Unidos que en otros países. La polarización política es excepcionalmente aguda. Se trata de un país que está experimentando una disminución de su influencia internacional, así como el deterioro de su infraestructura, la educación y la salud. Tal vez más sintomáticos sean los datos recientes generados por Case y Deaton (2017) respecto de patrones de mortalidad correspondientes a hombres blancos de 45 a 54 años, que muestran una marcada declinación de las tasas de mortalidad en Francia, Alemania, el Reino Unido, Australia y Suecia, al tiempo que exhiben un incremento desde fines de la década de 1990 en los Estados Unidos. Por último, se trata del único sistema presidencialista con elecciones indirectas, lo cual genera problemas de legitimidad cuando un candidato que no obtiene la mayoría de los votos es declarado ganador de acuerdo con las normas constitucionales.

**Figura 6.1.** Salarios y productividad en Alemania y Francia



Fuente: Banco Central Europeo.

Como evidencian esas diferencias entre países, lo que hemos visto hasta aquí es solo el *Zeitgeist*, el espíritu de la época. Pero el diablo está en los detalles. ¿Cómo han de identificarse, entonces, las relaciones causales? Las causas globales no son suficientes: la globalización no puede explicar las diferencias entre Alemania y Francia. Al menos es necesario que tenga lugar cierta interacción entre causas globales y factores nacionales. Soy escéptico respecto de que los métodos habituales de las ciencias sociales nos sirvan de mucho. Existen demasiadas tendencias comunes y las series temporales son relativamente cortas, de modo que me preocupa que podamos hallar causalidad donde no la hay. De hecho, mientras que los estudios en el nivel agregado tienden a encontrar relaciones entre variables económicas y el apoyo a la derecha radical, los datos de nivel individual dejan muchas dudas (Kates y Tucker, 2017: 1-2). Es más, cuando diferentes Estados del mundo coevolucionan en el tiempo, es difícil determinar la dirección de la causalidad (Dancygier y Laitin, 2014). Por último, las observaciones transnacionales no son independientes: existe difusión así como disuasión, y se debate si la victoria de Trump incrementó el apoyo al Frente Nacional o si disuadió a los votantes de los Países Bajos de votar por Geert Wilders en 2017.

No hay una manera obvia de proceder, pero resulta instructivo prestar atención al nivel micro.

#### VOTAR Y APOYAR A LA DERECHA RADICAL

La tentación obvia consiste en racionalizar estas actitudes en términos económicos: competencia por el empleo, defensa del salario frente a esa competencia, etc. El apoyo prestado a la derecha radical ¿se relaciona con condiciones económicas individuales o colectivas como el ingreso, experimentar dificultades económicas, sufrir pérdida del trabajo, temer la pérdida del trabajo y otras similares? Una versión más radical de esta pregunta es si esas posturas son racionales desde el punto de vista económico, vale decir, si las políticas propuestas por la derecha radical promueven el

mejor interés de quienes la apoyan. Sin embargo, no podemos partir del supuesto de que los individuos perciben con precisión las condiciones económicas o comprenden las consecuencias de determinadas medidas. Incluso la percepción de la propia situación económica resulta teñida por las lealtades partidarias y otros sesgos. Un ejemplo notable de ese hecho es lo sucedido con posterioridad a la elección de Donald Trump: quienes respaldaban a los demócratas modificaron a la baja sus percepciones de su propia situación económica en los últimos cinco años, mientras que los simpatizantes de los republicanos las modificaron para mejor (Brady, Ferejohn y Paparo, 2017). Las percepciones de las condiciones económicas generales son incluso más vulnerables a tales sesgos (Stokes, 2001, Maravall y Przeworski, 2001). Por lo tanto, es una pregunta diferente si las personas racionalizan sus posturas políticas en términos económicos o si esas posturas son racionales en el sentido de que se basan sobre creencias acertadas respecto del mundo.

El respaldo más sólido en favor de los efectos de la pérdida de trabajo en los Estados Unidos es el que proporcionan Autor y otros (2017), quienes encontraron que el aumento de la competencia originada en las importaciones había ejercido un rotundo efecto positivo en el incremento de la proporción de votos obtenidos por los republicanos y atribuyeron la victoria de Trump directamente a las importaciones de China. A su vez, en un estudio masivo de regiones comprendidas dentro de 15 países de Europa occidental entre 1988 y 2007, Colantone y Stanig (2017: 1) informan que:

En el nivel distrital, un fuerte shock de importaciones conduce a: 1) incremento del respaldo a partidos nacionalistas; 2) giro generalizado del electorado hacia la derecha; y 3) incremento del respaldo a los partidos de derecha radical. Esos resultados se vieron confirmados por el análisis de la elección de voto en el nivel individual. Además, encontramos datos que indican que los votantes responden a ese shock de manera sociotrópica.

Sin embargo, el efecto de la pérdida de trabajo en el voto por la derecha radical es pequeño: la diferencia entre regiones en el percentil 75 de la pérdida de trabajo y el 25 es de 0,7 puntos de la proporción de votos obtenidos. En otro estudio conducido en varios países, Guiso y otros (2017) hallaron que sufrir dificultades relacionadas con el ingreso en el momento del voto disminuye la inclinación de las personas a votar, pero si en efecto votan, estarán más inclinadas a votar por los partidos “populistas”, mientras que la experiencia de haber perdido el trabajo durante los cinco años anteriores reduce la probabilidad de votar sin que la situación tenga efecto alguno sobre la dirección del voto. Así y todo, Margalit (2013), e incluso Ayta, Rau y Stokes (2017), notaron que los efectos políticos del desempleo dependen de la situación económica general y se debilitan con el tiempo. La investigación más detallada de la elección de 2016 en los Estados Unidos que encontré llega a la conclusión de que:

En cuanto a que las dificultades económicas hayan motivado el apoyo a Trump, los resultados muestran datos mixtos. Sus seguidores cuentan con menor nivel educacional y es más probable que se desempeñen en ocupaciones manuales, pero sus hogares perciben ingresos relativamente altos y no tienen menor probabilidad de quedar desempleados o verse expuestos a la competencia como consecuencia del intercambio comercial o la inmigración. Por otro lado, vivir en comunidades aisladas desde el punto de vista racial con peores resultados en el área sanitaria, menor movilidad social, menor capital social, mayor dependencia de los ingresos proporcionados por la seguridad social y menor flujo de ingresos de capital predice niveles más elevados de apoyo a Trump (Rothwell y Diego Rosell, 2016).

También se dispone de datos que indican que el temor, antes que la experiencia concreta, motiva las posturas afines a la derecha radical. Minkenberg (2000: 187) encuentra simpatizantes de la derecha entre el “anteúltimo quinto de la sociedad posmoderna,

un estrato que está bastante seguro pero que aun así, objetivamente, puede perder algo". Kates y Tucker (2017: 3) llegan a la conclusión de que "solo el pesimismo acerca del propio futuro financiero está positivamente correlacionado con la identificación ideológica de extrema derecha". Fossati (2014) señaló que los individuos con ocupaciones en las que se registran altas tasas de desempleo tienen mayor probabilidad de votar sobre la base de consideraciones económicas.

Particularmente desconcertantes son los resultados obtenidos por Andrews, Jilke y Van de Walle (2014), quienes trabajaron con una encuesta conducida en la totalidad del territorio europeo en 2010 referida a percepciones de tensiones sociales según 4 dimensiones: los pobres y los ricos; gerentes y empleados; viejos y jóvenes; y diferentes grupos étnicos y "raciales". Lo que me provoca perplejidad es que las personas que experimentan dificultades económicas tienen mayor propensión a percibir tensiones más elevadas en las 4 dimensiones. Se podría pensar que algunos encontrarían al culpable de su situación entre los ricos, otros entre los directivos, otros en los ingresos fuera de proporción de los ancianos, y que algunos otros culparían a los inmigrantes. Sin embargo, las personas que perciben alta tensión en una dimensión también la perciben en el resto de las dimensiones. Ni la clase ni la ideología racista ejercen una influencia clara en el modo en que las personas analizan sus condiciones. Culpan a todos porque no saben a quién culpar.

A la luz de lo dicho, el contexto importa. Ivarsflaten (2008) muestra que los partidos de la derecha radical solo tienen éxito si basan sus apelaciones en la cuestión de la inmigración, con independencia de los cambios económicos o la corrupción política. Las conclusiones a las que arriba, sin embargo, son erróneas porque no tiene en cuenta el motivo por el que algunos partidos contrarios al *establishment* recurren a los temas de la inmigración y otros no. Dancygier (2010), a su vez, sostiene que el apoyo a la derecha radical es mayor cuando las condiciones económicas deficientes se combinan con altos flujos de inmigración y cuando los inmigrantes cuentan con poder electoral, de modo que quienes están en el gobierno tienen incentivos para extender beneficios materiales a los inmigrantes.

Sin embargo, no todos los autores coinciden respecto de la relevancia de los factores económicos. Inglehart y Norris (2016) señalan que encuentran apoyo a los partidos populistas entre personas que refieren sufrir dificultades económicas y han experimentado falta de trabajo, pero llegan a la conclusión –no me queda claro sobre qué bases– de que "la reacción cultural" es una explicación más convincente. Hainmueller y Hopkins (2014: 227) cuestionan la importancia de los factores económicos en lo relativo a las posturas antiinmigración. Informan que:

Por lo general, las hipótesis fundadas sobre el interés propio no han resultado verificadas, lo cual significa que existen pocos datos acumulados de que los ciudadanos conformen sus actitudes respecto de la inmigración sobre la base de los efectos que pueda tener en su situación económica personal.

Antes bien, señalan, esas actitudes se encuentran motivadas por "preocupaciones sociotrópicas acerca de sus impactos culturales". No tengo idea de qué significue esto, aparte de racismo. De hecho, Lee y Roemer (2006) ponderaron que el racismo, específicamente la oposición a que personas con piel de color diferente se vean beneficiadas por la extensión de los servicios sociales, tiene un costo económico elevado para los blancos pobres estadounidenses.

Si bien abundan los datos que muestran que los nativos reaccionan de forma negativa frente a las personas que son diferentes de ellos, el origen de esas posturas permanece en penumbras. Si no reflejan condiciones económicas, ¿de dónde surgen esas posturas? ¿Qué hace que las personas adopten actitudes xenófobas, a menudo abiertamente racistas? ¿Qué los dispone a emprender actos hostiles contra personas que tienen una apariencia diferente, hablan un idioma distinto o comen alimentos de otra clase? Las explicaciones psicológicas elegidas por Hainmueller y Hopkins (2014) no hacen más que asignar nuevas etiquetas, en un lenguaje "científico", a lo que observamos sin esclarecerlos en absoluto.

A su vez, existen pruebas de que las actitudes se modifican como función de otras transformaciones. McCarty, Poole y

Rosenthal (2016) muestran la existencia de una relación muy estrecha entre desigualdad en el ingreso y polarización en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a partir de 1947. Otro dato es que la percepción de la inmigración como una cuestión política relevante siguió al incremento de la inmigración neta en el Reino Unido.<sup>15</sup> Sin embargo, una explicación contraria consiste en que la xenofobia, el racismo, el nativismo, la intolerancia y otros prejuicios siempre existieron –los inmigrantes alemanes en los Estados Unidos eran denominados *krauts*, los italianos *dagos*, los japoneses *japs*, los polacos *polacks*– pero fueron suprimidos solo de manera temporal como fruto de la hipocresía, que de repente perdió su “fuerza civilizadora” (Elster, 1998) porque algunos políticos manifestaron públicamente todos aquellos prejuicios. Un dato sorprendente se desprende de una encuesta conducida en los Estados Unidos en 1939: se preguntó a los encuestados si el país debería recibir a 10 000 alemanes, mayormente niños judíos, y el 61% respondió en forma negativa. Algunos alemanes y japoneses siguieron siendo nacionalistas incluso después de las atrocidades cometidas por esos países durante la guerra, y el lenguaje del “patriotismo”, evocado en épocas recientes por los partidos de derecha, autorizó el ingreso de esas actitudes en la esfera pública. Tal vez Trump no haya hecho más que liberar todos los prejuicios existentes que censuraba la corrección política.

Todo lo dicho proviene de fuentes secundarias. Sugiero la lectura de una revisión magistral de este tipo de publicaciones, realizada por Golder (2016), que propone combinar condiciones contextuales y características individuales. Es probable que sea más sencillo decirlo que hacerlo. Sobre la base de lo que sabemos a la fecha, parece que los perdedores reales de la globalización tienden a votar a la derecha y que la perspectiva de la pérdida del trabajo infunde temor en los potenciales perdedores. Sin embargo, si bien todos esos efectos son estadísticamente significativos, solo explican una pequeña parte de las posturas de derecha radical. Los orígenes de tales posturas siguen siendo indescifrables.

Es esta una conclusión exigua, que puede decepcionar a muchos lectores. Pero nadie debe creer la avalancha de textos que parecen tener todas las respuestas. Si leemos artículos escritos por economistas, veremos que las posturas políticas se explican en función de las situaciones económicas; si leemos artículos redactados por psicólogos, el secreto residirá en algunos rasgos psicológicos. Ninguna de esas explicaciones me resulta convincente: los análisis de regresión de las posturas políticas en función de las condiciones económicas siempre hallan alguna condición estadísticamente significativa, aunque es muy poco lo que explican; los psicólogos tienden a asignar nuevas etiquetas a aquello que procuran explicar y afirman que el rasgo reetiquetado es la causa. Nuestra deformación intelectual nos lleva a encontrar siempre algún sentido en las situaciones complejas, a suponer que fenómenos diversos que nos sorprenden han de estar relacionados de alguna manera, que todo debe tener una causa. He confeccionado un listado de varios factores y he resumido a grandes rasgos cada una de las diversas transformaciones recientes –económicas, culturales y puramente políticas– que pueden haber engendrado la situación política actual, pero ese listado no es más que un catálogo, y la conclusión a la que arribo es exigua porque dice que no podemos saber si esos factores están relacionados ni cuáles de ellos son más importantes. Sin embargo, dado lo que sabemos hasta ahora, creo que eso es todo lo que podemos hacer.

15 Según sondeos de Ipsos/MORI de 2013.

## 7. ¿Qué puede carecer de precedentes?

Antes de que podamos empezar a pensar en el futuro, es útil situar la actual situación en el contexto de lo que hemos aprendido de la experiencia pasada. En la medida que algunos aspectos de las actuales condiciones repitan los de condiciones pasadas, podremos aprovechar las lecciones de la historia sugeridas por las comparaciones de democracias consolidadas que se derrumbaron y democracias que sobrevivieron. Sin embargo, la historia no ilumina el futuro cuando las condiciones del presente carecen de precedentes, de modo que no hay de dónde extraer lecciones. Por eso debemos situar el presente en el contexto del pasado.

Un sencillo análisis estadístico indica que, incluso si se pasa por alto el hecho de que la democracia en los Estados Unidos tiene doscientos años de antigüedad, dado el nivel de ingreso actual en ese país, la probabilidad de que quienes ocupan el gobierno no convoquen a elecciones o llamen a elecciones en condiciones en las que la oposición no tenga posibilidades de ganar es de 1 en 1 800 000 años-país. Si damos crédito a las lecciones que nos brinda la historia, la caída total de la democracia en un país con el ingreso per cápita de los Estados Unidos se ve hoy fuera de las comarcas de lo imaginable. A pesar de las referencias frecuentes a estos eventos trágicos, mirar hacia atrás al advenimiento del fascismo en Europa en las décadas de 1920 y 1930 no aporta lecciones por la sencilla razón de que los países en los que el fascismo llegó al poder eran miserablemente pobres comparados con la actualidad. El ingreso per cápita (en dólares en paridad de poder adquisitivo [PPA] Geary-Khamis 1996, de Maddison, 2011) de Italia en 1922 era de 2631, mientras que en 2008, era de 19 909;

el de Alemania era de 3362, en 1932, y de 20 801, en 2008; el de Austria, de 2940, en 1932, y de 24 131, en 2008. Se trataba de un mundo diferente.

También era un mundo diferente en lo ideológico. Los partidos extremos durante el período de entreguerras eran antide-mocráticos (Capoccia, 2005): tanto comunistas como fascistas buscaban de manera declarada reemplazar un sistema basado sobre la representación individual por medio de elecciones. Los comunistas despreciaban la democracia por considerarla una máscara que trataba de ocultar la “dictadura de la burguesía” (Lenin, 1959 [1919]) y luchaban por reemplazarla con una “dic-tadura del proletariado” conducida por un partido único. Los fas-cistas desdeñaban la democracia en tanto sistema que promueve conflictos artificiales entre clases y procuraban cambiarla por un sistema fundado en compromisos negociados entre corporacio-nes organizadas según bases funcionales (Cassese, 2011). Unos y otros prometían reemplazar la “política” con una “adminis-tración racional”. Contaban con amplia convocatoria, no solo en Europa, sino en el mundo entero, desde la Argentina hasta Mongolia. Sin embargo, esas ideologías ahora están muertas y enterradas. Los partidos “antisistema” de hoy en día no son antidemocráticos. Si bien la etiqueta de “fascista” se blande sin cuidado alguno para estigmatizar a esas fuerzas políticas, estos partidos no propugnan reemplazar las elecciones con alguna otra forma de elegir a los gobernantes. Son desagradables –la mayoría de las personas con-sidera “desagradables” al racismo y la xenofobia– pero esos parti-dos hacen campaña con el eslogan de devolverle a “el pueblo” el poder que usurparon las élites, acción que en su visión fortalece la democracia. En palabras de una publicidad proselitista de Trump: “El objetivo de nuestro movimiento es reemplazar un *establishment* político fracasado y corrupto con un nuevo gobierno controlado por ustedes, el pueblo de los Estados Unidos”.<sup>16</sup> Marine Le Pen prometió convocar a un referéndum respecto de Europa en el cual “ustedes, el pueblo, decidirán”.

16 Véase <[www.youtube.com/watch?v=vST61W4bGm8](http://www.youtube.com/watch?v=vST61W4bGm8)>.

**Tabla 7.1.** Condiciones económicas en las democracias que cayeron y las que no antes de 2008, y las medias posteriores a 2008 en las democracias que sobrevivieron

	Cayó	No cayó	Ahora	
	Media	Media	N	Media
PBI per cápita <sup>a</sup>	18,012	5,770	406	23,825
Crecimiento <sup>a</sup>	0,031	0,011	406	0,020
Participación de los trabajadores <sup>b</sup>	0,61	0,50	352	0,54
Gini bruto <sup>c</sup>	42,6	44,6	152	42,5
Gini neto <sup>c</sup>	33,8	44,6	152	33,5

**Nota:** Las columnas correspondientes a “Cayó” cubren el período hasta 2008; las columnas “Ahora” abarcan el período 2008-2014. Las entradas en cada celda son valores promedio.

**Fuente:** a En dólares PPA PWT9.0; b De PWT 9.0; c Coeficientes de Gini de ingresos brutos y netos, de Swid (2014).

Es más, no hay nada antidemocrático en que los ciudadanos de-seen contar con un gobierno “fuerte” o “competente y efectivo” –respuestas a preguntas de encuesta que multiplicaron su fre-cuencia en los últimos años y que algunos comentaristas inter-pretan como síntoma de un apoyo decreciente a la democracia–. Schumpeter (1942) ciertamente quería que los gobiernos fueran capaces de gobernar y de hacerlo con solvencia, y no veo por qué otros demócratas no querrían lo mismo.

Y sin embargo, nos preocupamos. Nos preocupamos porque sospechamos que algunas de las condiciones descriptas más arri-ba carecen de precedentes, que las extrapolaciones de la historia pueden no constituir una guía confiable para elucidar el panora-ma actual. ¿Es así?

En la tabla 7.1, se comparan las condiciones económicas de paí-ses en los que la democracia colapsó o sobrevivió antes de 2008 con las condiciones posteriores a 2008 (y anteriores a 2015) de las democracias actuales. Los ingresos promedio son ahora más elevados que los de las democracias que sobrevivieron en el pasado.

La desigualdad promedio de los ingresos individuales se equipara a la de las democracias que sobrevivieron. Pero la participación de los trabajadores en la producción, así como el crecimiento de los ingresos promedio son más bajos.

Esos números, sin embargo, no cuentan toda la historia. No olvidemos, en primer lugar, el estancamiento de los ingresos de un segmento –entre el 30 y el 50%– de las personas que perciben los ingresos más bajos. Sus ingresos están estancados desde hace más de cuarenta años en los Estados Unidos, pero desde hace mucho menos tiempo en la mayoría de los países europeos. En los Estados Unidos los ingresos de los individuos más pobres no se incrementaron, básicamente, a causa del aumento de la desigualdad; en Europa continental, el estancamiento posterior a 2008 se debió, en especial, al crecimiento más lento. Por supuesto, dicho estancamiento carece de precedentes durante el período para el cual contamos con datos sobre la distribución del ingreso (de 1950 en adelante), pero quizás también ocurriría lo mismo aunque incluyéramos el período entreguerras. La tasa promedio de crecimiento de los países que en el año 2000 pertenecían a la OCDE fue del 2,1% entre 1978 y 2014, mientras que durante el período de entreguerras fue del 2,3%. Sin embargo, la desigualdad creció en forma marcada durante el período reciente, mientras que según la información fragmentaria de la que disponemos parecería haber decaído de manera significativa en el período anterior.<sup>17</sup> Por lo tanto, existen fundamentos para creer que los ingresos más bajos crecieron con mayor lentitud después de 1978 que entreguerras, lo cual significa que el actual estancamiento de los ingresos de cierto porcentaje inferior de los beneficiarios carece de precedentes históricos, al menos en los últimos cien años.

<sup>17</sup> En los 5 países para los que podemos calcular coeficientes de Gini de ingresos brutos correspondientes al período entreguerras, notamos que decrecieron en Francia de 45, en 1919, a 40, en 1939; en Alemania, de 38, en 1926, a 35, en 1932; en los Países Bajos, de 49, en 1919, a 38, en 1939; en Suecia, de 48, en 1919, a 36, en 1939; y en los Estados Unidos, de 44, en 1919, a 38, en 1939. Estos cálculos se basan sobre la transformación del coeficiente alfa de Pareto que Atkinson, Piketty y Saez (2011) proporcionaron en coeficientes de Gini.

Resulta especialmente notable la declinación de los sindicatos, la creciente brecha entre aumentos de la productividad y de salarios (que se mantienen casi sin variaciones) y la mengua de la participación laboral en la industria. El poder para controlar el flujo de mano de obra a las empresas con que contaban los sindicatos –conquistado en varios países en la década de 1930 e institucionalizado después de la Segunda Guerra Mundial– se ha venido erosionando con rapidez desde el giro neoliberal de principios de los años 1980, lo cual ha debilitado el poder político de sus aliados electorales, los partidos de izquierda. La modificación del equilibrio económico y político entre capital y trabajo, combinada con la relajación del control sobre los flujos de capital y la desregulación financiera, redundaron en el estancamiento secular de los ingresos de los asalariados de los estratos más bajos, acentuado por la crisis de 2008.

No debe sorprendernos, por lo tanto, que la creencia en la igualdad intergeneracional se esté erosionando. Es posible que el 60% de los encuestados en los Estados Unidos y el 64% de los de Europa que creen que sus hijos estarán en una peor situación económica que ellos sean demasiado pesimistas y todavía se vean afectados por la crisis de 2008, aunque los datos obtenidos por Chetty y otros (2016) respecto de los Estados Unidos dejan en evidencia que esas creencias no se alejan demasiado de la realidad. No disponemos de datos cuantitativos respecto de lo que creían las generaciones anteriores, pero existen buenos motivos para pensar que la creencia en el progreso material ha tenido un profundo arraigo en la civilización occidental desde la Revolución Industrial. Los ingresos promedio en los países pertenecientes a la OCDE en 2000 se incrementaron 22 veces entre 1820 y 2008. A pesar de las guerras y las crisis económicas, no existió un período de treinta años en los últimos dos siglos en el que los salarios promedio declinaran. Por tanto, si ahora las personas ven con pesimismo el futuro de sus hijos, podríamos estar ante un cambio que afecte a toda la civilización.

Es imposible corroborar si la actual polarización, acompañada por la hostilidad respecto de las personas que sostienen opiniones diferentes, es nueva. Desde luego, es nueva en el período más

reciente, pero como ya vimos en los estudios de casos de crisis pasadas, hubo períodos en diversos países, incluidos los Estados Unidos, en que las sociedades se encontraron profundamente divididas. Todo lo que sabemos es que esas divisiones tan intensas son duraderas y difíciles de superar. Dejan cicatrices, que a menudo se ocultan con el silencio, como ocurre en España con la experiencia de la Guerra Civil o en Chile con las divisiones respecto del período de Allende, y tienden a resurgir. Por último, como lo confirma la tabla 7.2, tal vez el cambio reciente más radical sea la erosión de los sistemas de partidos tradicionales. Los sistemas de partidos que cristalizaron en Europa occidental en la década de 1920 siguieron constituyendo, con pocas excepciones, las principales alternativas políticas hasta finales del siglo XX. Exceptuado el período que siguió de inmediato a la Segunda Guerra Mundial, los votantes contaban con la opción de elegir a la centroizquierda o la centroderecha. Los partidos que representaban esas opciones –a veces con nuevas etiquetas, con divisiones y fusiones– siguieron siendo los dos con mayor recuento de votos obtenidos. Cada tanto, aparecían nuevos partidos, pero rara vez tenían éxito y muchas veces eran efímeros. De los dos partidos en cada país que mayor cantidad de votos obtenían alrededor de 1924, el 90% seguía ocupando ese lugar a fines de la década de 1990, pero solo el 75% sigue ahora en ese puesto. La cantidad de “partidos efectivos” era 3, en 1960, y es de casi 4 ahora. Es más, esa erosión se vio acompañada por tasas decrecientes de participación electoral, con la proporción de votos obtenidos por los partidos de derecha radical en ascenso a medida que decrece la participación. Puede ocurrir que esa erosión se deba a la pérdida de poder de convocatoria de parte de los partidos tradicionales o bien a un alejamiento del centro en las preferencias de los votantes, como sucedió en los Estados Unidos. Sin embargo, la declinación de esos nucleamientos tradicionales no es necesariamente un reflejo de una erosión del centro político; antes bien, puede indicar su debilidad organizativa así como un disgusto generalizado con los políticos profesionales. Todo lo que se puede observar es que los partidos tradicionales ahora quedan en tercer, cuarto o incluso quinto puesto

en algunos países, mientras que, en los Estados Unidos, un partido que alguna vez estuvo dominado por los “Republicanos de Rockefeller” ha sido captado por la derecha radical. Lo novedoso es que los dos tipos de organización que solían representar a la clase trabajadora –los partidos socialdemócratas y los sindicatos– han perdido su capacidad de representación. Tanto el porcentaje de votos obtenidos por los partidos socialdemócratas como la densidad sindical son claramente menores en el período más reciente. Lo que también se ha modificado o, al menos, se encuentra en proceso de cambio es la base social de apoyo a los movimientos de derecha (Ignazi, 1992, 2003; Arzheimer, 2013). Tradicionalmente, esos movimientos contaron con el apoyo de la pequeña burguesía –cuentapropistas, pequeños comerciantes, artesanos y granjeros– pero ahora buscan atraer a la clase trabajadora para sumarla a su base histórica. A medida que los partidos socialdemócratas se han ido aburguesando, los partidos de derecha se van proletarizando.

**Tabla 7.2.** Algunas características políticas de países que eran miembros de la OCDE en 2000, antes y después de 2008

	1960-2007		2009-2014	
	N	Media	N	Media
Participación electoral	1,065	78,8	138	72,1
Partidos efectivos en el electorado	1,065	4,05	137	4,68
Partidos efectivos en el Poder Legislativo	1,065	3,48	137	3,86
Votos socialdemócratas (en %)	1,065	26,9	138	21,2
Densidad sindical	995	42,1	98	33,0

Fuente: Armingeon y otros (2016).

La última diferencia significativa entre el pasado y el presente, una diferencia que resulta alentadora, radica en que las fuerzas armadas han desaparecido en buena medida de la escena polí-

tica. Las fuerzas armadas desempeñaron un papel decisivo en 9 de 14 derrumbes democráticos enumerados en la tabla 1.1. De hecho, si este texto se hubiera escrito hace unos cuarenta años, la postura política de las fuerzas armadas habría constituido la preocupación central. Sin embargo, sorprendentemente, ya no son un actor político, ni siquiera en América Latina, y desaparecieron de las páginas de la ciencia política.

Se impone explicitar varias salvedades con el fin de evitar conclusiones no deseadas. En primer lugar, las lecciones que nos brinda el pasado no deben tratarse como causales. El carácter endógeno es un problema obvio, por ejemplo: ¿cayeron las democracias porque las economías estaban estancadas o estaban estancadas las economías porque las democracias estaban a punto de derrumbarse? Segundo, los patrones generales ocultan diferencias marcadas entre países específicos. Sean cuales fueren los factores globales que afecten a las democracias –por ejemplo, la depresión económica mundial–, sus efectos operarán de diferente manera en función de las condiciones específicas de cada país. Tercero, “diferencia” y “similitud” son cuestiones de grado, y no sabemos cuánto importa una diferencia en especial. Por último, la lista de condiciones que podemos observar dista mucho de estar completa, y bien puede ocurrir que esa lista omita algunas condiciones que son cruciales, bien solas o en combinación con otras. Por tanto, como ya señalé, no estoy intentando persuadir al lector de nada sino solo aportando material para la reflexión; derivar conclusiones de la historia es un arte, no una ciencia. Cuál sea la conclusión que se desprenda de lo dicho –cuáles son las perspectivas de supervivencia de una democracia en esas condiciones– es solo materia de especulación.

### Parte III ¿El futuro?